

BOLSILIBROS BOLIGUERRA

PUNTO

ROJO

LOS TERRORISTAS

Curtis Garland



COLECCION

PUNTO ROJO



CURTIS GARLAND

LOS TERRORISTAS

Colección **PUNTO ROJO** n.º 834
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 5.681 - 1978

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: abril, 1978

© Curtis Garland - 1978

texto

© Rafael Cortiella - 1978

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1978

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.434 — Ventana a la noche.

En Colección PUNTO ROJO:

830 — Muro de sombras.

En Colección LA HUELLA:

134 — Pasaje sin salida.

PREFACIO

Esto quizá nunca llegue a suceder. Quizá.

Uno no sabe ya dónde terminan los límites de lo imposible, y empiezan los de lo posible. Por ello, este relato, mitad de política-ficción, mitad de simple relato de intriga y «suspense» sobre un acontecimiento que podría conmocionar a un mundo cada vez más difícil de impresionar por algo, uno cree que es casi delirante.

Sólo casi. No totalmente irrealizable. Por desgracia para todos.

Porque esa lacra del mundo de hoy, esa locura desencadenada y criminal que es terrorismo, sea cual sea su matiz, color y credo, es capaz de todo. O casi de todo. Y volvemos a ése casi, que tiene un significado escalofriante.

Lo estamos viviendo día a día, no importa el país donde residamos, no importa de donde venga. Están sucediendo cosas alucinantes y feroces, más propias de fieras que de hombres.

Aquí, en este relato, el acto de terrorismo planeado y llevado a cabo, es altamente improbable que llegue a ocurrir en el plano real. Pero uno no se fía demasiado de los cálculos de probabilidades hoy en día.

Por eso, lector, trate de pensar que es pura fantasía, un simple juego de imaginación que no puede ocurrir.

Pero ¿y si ocurre mañana mismo? ¿Y si está ocurriendo ya?

El autor no se responsabiliza de ello, si es así. El autor prefiere que todo se quede en los límites de la dimensión de este libro. Que sea mejor tildado de fantástico que de agorero.

Sin embargo...

PRIMERA PARTE

«OPERACIÓN GROVI»

CAPÍTULO PRIMERO

El agente especial

AS-101,

saludó rutinariamente a su superior.

—Todo a punto, señor —dijo.

—¿Ninguna novedad?

—Ninguna. Los controles han informado negativamente.

—Bien —suspiró el hombre sentado tras la mesa despacho, entornando los fríos ojos acules—. Entonces, adelante.

—¿Siguiendo las instrucciones previas, señor?

—Exacto. Siguiendo las instrucciones hasta el punto que usted conoce. A partir de ahí, le serán suministradas otras, estrictamente confidenciales.

El agente

AS-101

movió la cabeza afirmativamente, como si también aquello formase parte de la rutina, y no ofreciera para él la menor emoción cumplir las órdenes recibidas.

—Sí, señor. Enterado. ¿Estaremos en contacto?

—En todo momento. Los controles también permanecerán en contacto con usted y conmigo: Todo esto es muy importante. El menor fallo en el sistema de seguridad, podría ser fatal.

—Lo sé, señor. No tiene por qué haber fallos.

—Eso creo y eso espero. Es todo. Puede retirarse.

Saludó de nuevo y abandonó el despacho del jefe de su Departamento de Alta Seguridad. La puerta se cerró tras él por medio de la cerradura electrónica. El agente

AS-101,

camino por el corredor iluminado por una claridad fría y cruda, que le daba aspecto de nave espacial del futuro. Sus pisadas eran un roce silencioso sobre la esponjosa moqueta que alfombraba el suelo.

Sus pasos, rápidos y seguros, le llevaron hasta otra puerta, que se abrió ante él, deslizándose silenciosamente al contacto de un pequeño instrumento magnético. Un tablero electrónico parpadeó, y el agente especial introdujo en una ranura su tarjeta de identificación de materia plástica, que le fue devuelta tras un zumbido del mecanismo, autorizando su entrada en la zona.

Se cruzó con un hombre uniformado de blanco, como los manipuladores de computadoras, pero con un emblema militar sobre el pecho, y un curioso casco blanco, de material plástico, sobre su cabeza. Todo seguía dando allí la impresión de un mundo diferente, de un aséptico interior de nave futurista.

Sin embargo, para los que por allí se movían, todo aquello parecía ser normal y hasta aburrido. Actuaban con un cierto mecanismo, con una impersonalidad que no les hacía parecer realmente humanos.

El hombre de uniforme blanco, saludó al recién llegado, y se detuvo. Señaló al fondo de la sala.

—Todo está dispuesto —comentó—. ¿Se han ultimado las instrucciones?

—Por el momento, sí. Al menos en su primera fase —informó el agente

AS-101

—. Más tarde, conoceremos el resto del plan. Es altamente confidencial.

—Lo supongo —suspiró el otro, humedeciendo sus labios con cierto nerviosismo—. La cosa no es para menos.

—Hubo suerte de que se dieran cuenta a tiempo los expertos —fue el agrio comentario del agente especial—. De otro modo... Dios sabe lo que hubiera ocurrido.

—Yo sí lo sé. Y usted también —sonrió amargamente el del uniforme blanco—. Y no creo que sea una idea agradable...

—No, no lo es —torció el gesto el agente—. Bien, dejemos los comentarios para otra ocasión. Ahora lo importante es terminar la tarea cuanto antes. Pero sin precipitaciones funestas. Supongo que nuestros técnicos y nuestros superiores saben bien lo que se hacen.

—Sí, supongo —asintió su interlocutor, pensativo—. Y rezo por ello...

Se alejó, sin más comentario. El agente prosiguió su camino,

alcanzando una especie de amplio mirador encristalado, a cuyo pie se alzaba una vasta nave de grandes proporciones y alta bóveda, iluminada por brillantes lámparas, desde todos los puntos.

Dentro del recinto, se movían numerosos hombres uniformados como el anterior, pero provistos también de unas extrañas máscaras con depósito de aire, y enguantadas sus manos con un material rojo oscuro, brillante como la goma o el amianto. Pero no parecía ser ninguno de esos materiales, sino una aleación plástica especial.

Circulaban o actuaban en torno a una forma circular, un cilindro de ancho diámetro y no muy altas paredes, parecido a un depósito de combustible. Su material era un plástico blanco, que parecía recubrir alguna estructura metálica.

El agente

AS-101

lo contempló absorto. Sus ojos grises, acerados, brillaban como si fueran de auténtico metal, fijos en aquella forma misteriosa que era el centro de toda la actividad desplegada en la sala.

Parecía tener aquel objeto algo hipnótico en sí. La mayoría de los que lo rodeaban activamente, también lo contemplaban con frecuencia, como fascinados.

El agente respiró hondo. Un leve sudor humedeció su frente. Molesto, se pasó la mano, para enjugarlo, y notó la piel ligeramente fría. Era obvio que en su profesión, rara vez se sentía emocionado hasta el punto de que su piel transpirase. Ahora era uno de esos insólitos momentos.

Y toda la culpa la tenía aquella estructura cilíndrica, que una grúa comenzaba a levantar, sujetando con fuertes cadenas el cilindro misterioso.

Los ojos del agente se alzaron, siguiendo lentamente la elevación. Las cabezas de los allí reunidos se alzaban, a medida que la trayectoria de la grúa situaba más y más alto el recipiente.

En los muros, se habían encendido automáticamente unos luminosos rojos, parpadeantes, donde se leía una sola palabra:

DANGER[1]

Una sirena zumbona vibró en la distancia, en recónditos puntos de la zona donde se hallaba el agente especial de Alta Seguridad. Al sonar, todos los allí presentes sabían que el momento era peligroso.

Era la «alerta máxima», como acostumbraban llamarle los habituales de aquel recinto.

—Y ahora... ¿qué va a ocurrir? —murmuró entre dientes el agente, cuando el recipiente se quedó inmóvil, oscilando ligeramente en el vacío, colgado de la grúa.

Se le ocurrieron muchas respuestas. A juzgar por su expresión, ninguna le gustó totalmente. Hubiera querido encender un cigarrillo y aspirar humo en ese momento, pero los letreros en los muros indicaban claramente esa prohibición.

Luego una compuerta lateral se abrió en la amplia nave encristalada, y la grúa se movió nuevamente, deslizándose ahora en sentido horizontal para introducir por la abertura el objeto blanco y cilíndrico, con las máximas precauciones.

Más allá de esa compuerta, fue visible una plataforma bajo una bóveda también encristalada. Y sobre la plataforma, un avión de transporte, en cuya panza estaba empezando a penetrar el objeto gigante.

El agente especial lanzó un profundo suspiro. De nuevo tenía humedecida su frente. Se apartó de la vidriera.

—Ahora empieza la primera fase de mi tarea —dijo—. Dios nos ayude a todos... o esto podría ser el fin del mundo.

Y con paso firme, sereno el semblante pese a lo que pensaba y sentía, regresó hacia el exterior de aquella atalaya, para iniciar la que era etapa inicial de una peligrosa, oscura y secretísima misión que jamás debería conocer el mundo.

Pero las cosas no iban a ser tan fáciles. Ni mucho menos.

Terry Dee no era solamente una muchacha llena de atractivos. Además de eso, le gustaba lucirlos lo más posible. Y también le gustaba que esos atractivos hiciesen mella en los hombres que a ella le atraían a su vez.

Por eso aquel día, Terry Dee, sin saberlo, iba a influir decisivamente en el destino de unos seres humanos y en el curso de la Historia tal vez. Ella no podía conocer la importancia de sus actos en unos momentos en los que, precisamente, disfrutaba de un bien ganado descanso, lejos de su lugar habitual de trabajo.

Terry Dee trabajaba en la Casa Blanca, en Washington, como telefonista de la residencia presidencial. Era eficiente en su labor, y a nadie podía importarle que, fuera de sus horas de trabajo, la

muchacha hiciera la vida que le viniese en gana, puesto que lo hacía de un modo discreto, y nunca se había mezclado en asuntos políticos o de cualquier signo peligroso. El FBI, severo vigilante de todo el personal de la Casa Blanca, lo había comprobado así durante los años que llevaba en su tarea, y ya se había abandonado su vigilancia, por estar la muchacha al margen de toda sospecha.

Ahora, lejos de la capital federal, disfrutando de las playas de Florida, era cuando menos peligrosa podía resultar para la seguridad personal del Presidente la atractiva y frívola telefonista de la Casa Blanca.

Y, naturalmente, como era su costumbre, Terry Dee se divertía a su modo. Ese modo, invariablemente, consistía en encontrar a un hombre guapo y arrogante, con quien salir a bailar, a divertirse... y a lo que fuese.

El baile y la diversión habían pasado ya. Terry Dee disfrutaba ahora de lo demás. Y hacía disfrutar a su pareja, de eso no había duda, a juzgar por los suspiros de placer que lanzaba el joven y atlético nadador a quien conociera en las playas, y que ahora la aplastaba bajo el peso de su vigorosa y arrogante figura, en aquel apartamiento en sombras.

Terry Dee alardeaba de tener los senos más bonitos de toda la Casa Blanca, y ahora su pareja estaba comprobándolo personalmente. Sus manos, una y otra vez, se complacían en tal comprobación, mientras los cuerpos formaban uno solo, en un contacto abrasador y estremecido.

—Oh, amor... —jadeaba Terry, abrazando a aquel manojito de músculos, mientras sentía los besos apasionados de él en su boca y en sus pechos—. Eres maravilloso...

—Tú sí que lo eres, Terry, mi vida —respondió él, conduciéndola inexorablemente a las cimas del placer de modo apremiante y ardoroso, aunque quizá en el fondo, de haberle sido posible a Terry tener la suficiente serenidad para advertirlo, con una rara frialdad, de modo cerebral y estudiado.

Poco después, Terry gritaba de placer, sin notar otra cosa que su propia felicidad en brazos del macho, y él saciaba todos sus apetitos generosamente, dejándola exhausta y estremecida.

Siguió un silencio repleto de jadeos y respiraciones entrecortadas. Luego, él encendió dos cigarrillos y puso uno entre

los carnosos labios de Terry Dee.

—Eres un encanto, Terry —murmuró, acariciando sus formas suavemente—. Un verdadero encanto, amorcito...

—Y tú un diablo avasallador, mi Frankie —jadeó ella, mimosa, contemplando el poderoso torso de su amante, que acarició luego con dedos excitantes—. Me siento muy dichosa de haberte conocido...

—Yo también —asintió él, volviendo a abrazarla, a tenderse sobre la muchacha tras aplastar su cigarrillo en la mesilla. Una de sus manos apretó sus nalgas, y ella lanzó un gritito, al comprender que su placer se iba a repetir.

—¡Frankie! ¿Otra vez...? —susurró, radiante, con un resplandor de gozo en sus ojos azules—. Es maravilloso...

—Claro, amorcito. Será maravilloso... —sonrió él, cubriendo sus labios carnosos con los suyos, en un beso prolongado.

Ella cerró los ojos, en éxtasis, respondiendo cálidamente a ese beso y esos contactos. No pudo advertir que la mano libre de él, en ese momento, extraía de la gaveta de su mesilla, sigilosamente, una jeringuilla hipodérmica de especial diseño, como un dardo. Rápido, mientras la retenía contra sí, amordazando su boca con la propia, Frankie incrustó la aguja en el cuello de Terry.

La muchacha dilató sus ojos, al notar el aguijonazo, pero su grito de dolor se ahogó, al morder rabiosamente Frankie sus labios. Se agitó, bajo el cuerpo del hombre, pero éste era fuerte y musculoso. La retuvo en el lecho, hasta que dejó de agitarse y hubo cerrado los párpados.

Terry Dee estaba inconsciente, pero no muerta. Respiraba lenta, pausadamente. El amante se incorporó, con fría sonrisa, dejando la aguja y la jeringuilla sobre la mesita de noche.

—Ahora, preciosa, vas a contarme todo —susurró—. El pentothal sódico te hará muy sincera y franca conmigo... Veamos... Se trata de las llamadas personales hechas por el Presidente justamente el día antes de tus vacaciones... Repítelas. Trata de recordar todo lo que escuchaste...

Terry Dee, sometida al suero de la verdad, comenzó a hablar dócilmente, sin ninguna inhibición...

El hombre del rostro cubierto por la máscara de goma, se inclinó, cerrando el magnetófono. Luego contempló a los que

permanecían sentados ante él, en semicírculo, dentro de aquella habitación amplia y sin abertura al exterior.

—Bien, señores —dijo la voz gutural, enmascarada como el rostro, bajo la careta de goma representando, cómicamente, a Mickey Mouse, el personaje de Walt Disney. Y tal vez esa grotesca comicidad del héroe de los dibujos animados, le daba un aire más siniestro a su portador, dado el frío tono con que se expresaba de cuestiones al parecer nada divertidas—. Ya han escuchado las grabaciones. Hemos conseguido llegar lo más lejos posible, gracias a la red tendida en torno a las personas que nos interesaban. Ahora sabemos lo que se puede hacer en uno y otro campo. Y unir ambas cosas, para provocar la situación más tensa y terrible que ha conocido el mundo.

—Pero puede tener funestas consecuencias —argumentó uno de los presentes—. Es demasiado grave manipular algo así, intentar un golpe tan fuerte...

—Caballeros, la idea está en marcha, y el proyecto resulta factible —cortó sus murmullos el enmascarado, alzando un brazo imperativamente—. Inicialmente, era como un sueño. Ahora, sabemos que se puede llevar a cabo con relativa facilidad. Tenemos todos los hilos de la trama en nuestras manos. Basta tirar de ellos, para que se cierre la red sobre nuestros peces.

—Peces demasiado gordos —juzgó con disgusto otro de los presentes—. Si fallamos, será el fin de la organización.

—Es muy posible —aceptó el enmascarado—. Pero no fallaremos, caballeros. No podemos fallar ya. Hasta el más mínimo detalle se ha previsto.

—¿Y cuáles serán los resultados, si todo sale bien? —Fue otra de las preguntas.

Mickey Mouse respondió secamente:

—Millones para todos. Una fortuna incalculable. Lo que queramos pedir.

—¿Y políticamente...? —sugirió otro, con aspereza.

—Políticamente... —Mickey Mouse se encogió de hombros—. Es una pregunta interesante. Muy interesante. La respuesta es obvia. ¿Se han dado cuenta de lo que significa, en política o en cualquier otra actividad, una montaña de oro puro? ¿Saben lo que se puede hacer con miles de millones en divisas y en oro, llegado el caso? Eso

creo que lo responde todo.

—Quizá, pero todos parecemos más interesados ahora en la parte monetaria que en nuestra acción e idea política —apuntó el mismo que hablara antes, con cierta agresividad.

—Mi querido amigo, aquí todos tenemos una misma idea política. Y estamos buscando dos cosas fundamentales para nuestro movimiento: dinero y publicidad, ¿no es cierto? Si al impacto mundial que cause nuestra acción, le unimos la suma que pueden entregarnos a cambio de lo que podemos ofrecer, tendremos cubierto ese doble objetivo. Nos habremos hecho famosos, nuestra ideología recorrerá el mundo en cuestión de horas, y recibiremos la suma más extraordinaria imaginable, a cambio de ceder a sus demandas. Con lo cual, nuestra política tendrá la mejor baza disponible.

—Imaginemos, por un momento, que no aceptan nuestras exigencias —opinó otro—. ¿Qué se hará, entonces?

—Aceptarán, no lo dude.

—¿Y si no fuera así? —insistió el interlocutor.

—Entonces veríamos lo que se resolvía. Tendrían que ceder, quisieran o no. No tienen otro remedio, y se darán cuenta de ello. A ninguno le gustaría ver llegar el fin del mundo, caballeros. Creo que esto es todo por el momento.

Siguió un silencio profundo. Si había algunos disidentes, parecieron callar, a la expectativa de lo que estaba por llegar. El hombre con el rostro de Mickey Mouse, se incorporó, dando por terminada la asamblea.

—Serán informados momentos antes de realizar el acto definitivo de nuestra llamada «Operación Jaque Mate». Luego, nos mantendremos en constante contacto con nuestro comando especial. Buenas noches, caballeros.

CAPÍTULO II

El avión volaba suavemente por encima del mar.

Era un transporte de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos, rumbo a una base militar en el Atlántico Norte, ya en las proximidades árticas.

Destino exacto, desconocido. Carga, estrictamente secreta. Misión altamente confidencial. Todo ello Top Secret a cargo del Comando Aéreo Estratégico de los Estados Unidos, bajo supervisión directa de los Servicios de Seguridad Nacional.

El piloto y su ayudante, el radiotelegrafista, y cuatro hombres más, especializados en una tarea que el propio piloto ignoraba. Esos cuatro cuidaban de la misteriosa carga del avión. Sólo ellos sabían lo que transportaban y adónde iba destinado.

En constante contacto con el avión, una emisora especial de los servicios de Inteligencia, supervisaba el vuelo. Hasta ahora, todo sin novedad. A bordo, tranquilidad algo tensa. Eso era todo.

Abajo, el mar empezaba a mostrar bloques de hielo a la deriva, y algunos grandes *icebergs* flotando en la distancia. El vuelo era monótono y regular.

Siguió siéndolo, tras el último informe dado a la base de control. Luego, el piloto examinó el sobre lacrado y sellado que llevaba en un bolsillo de su chaqueta de cuero.

—Faltan diez minutos para abrirlo —comentó—. Entonces sabremos a qué punto exacto hay que dirigirse.

—Pensé que sería Thule —comentó el copiloto.

—Yo también. Pero estaremos muy próximos a Thule cuando toque abrir el sobre. Eso me hace pensar que no será ése nuestro destino. Veremos...

El radiotelegrafista descansaba ahora tras haber informado a control. El tiempo era frío y despejado. No había problemas para la navegación aérea. El piloto echó una mirada atrás, a la mampara

que separaba la cabina del compartimento de carga, donde iba su misterioso lastre.

Allí dentro, los cuatro responsables de la carga, rodeaban a ésta, tan aburridos y carentes de novedades como los tripulantes del avión. Al menos, eso es lo que pensaban todos en la cabina. Cualquier alerta, se marcaría en seguida en la cabina de vuelo, al ser accionado un resorte de seguridad que encendería una luz roja y haría sonar un zumbador de alarma.

En caso de presentarse esa emergencia, las instrucciones eran concretas: abrir un segundo sobre, de color azul, cuyos precintos estaba rigurosamente prohibido tocar, si todo discurría normalmente.

La emergencia no se presentaba, por fortuna para la seguridad de aquel vuelo. Pero ello no significaba que allá, en la cabina de carga, todo fuese normal, ni mucho menos.

El cadáver de Terry Dee, lo llevó el mar hasta la costa, tras muchas horas de haber estado sumergido, sin duda alguna.

La telefonista de Washington había muerto por asfixia, pero el hecho de que fuese una funcionaria de la Casa Blanca, como se comprobó apenas obtuvieron sus huellas dactilares, en ausencia de datos de identificación, y se la identificó en Washington, despertó una cierta inquietud y prevención.

Se le hizo urgentemente la autopsia, y se hallaron residuos de pentothal sódico en su organismo. También se comprobó que algo había presionado su cuello, antes de ser sumergida en el mar. La asfixia se provocó por estrangulación, no a causa de inmersión. Era un homicidio, lisa y llanamente.

Eso despertó la alarma en ciertos círculos reducidos de la Casa Blanca, que informaron inmediatamente al FBI y a Inteligencia. Se investigó a Terry Dee y se supo que había sido vista últimamente con un apuesto joven, atlético y guapo, de cuyo paradero nada se sabía ya en Miami Beach.

Estaba registrado como Frankie Bannister, pero la dirección anotada en el registro del hotel era falsa, y con toda evidencia, se trataba de una identidad también ficticia. El asunto se ponía feo por momentos.

Inteligencia descubrió entonces que la telefonista Terry Dee había sido la que el día antes de disfrutar de sus vacaciones en

Florida, atendió varias llamadas del Presidente de los Estados Unidos, de carácter estrictamente confidencial. Consideradas por el Servicio Secreto como auténtico Top Secret.

La cinta de esas conversaciones telefónicas se extrajo del archivo. Ello causó una conmoción en Washington. Se trató de impedir aquello que se había tratado en tales conferencias. Pero ya era tarde.

Los propios servicios de información de la Casa Blanca dieron el informe escueto de los hechos: el Presidente de los Estados Unidos estaba ya en su punto de destino actual, discutiendo problemas para la paz mundial, en un momento hartado delicado para ésta, con sus colegas soviético y chino, en presencia también del Secretario General de las Naciones Unidas.

Las cuatro personalidades mundiales, se hallaban reunidas en lugar secreto, conforme a un código cifrado que se utilizara en esas conversaciones telefónicas entre altos dignatarios.

Pero cualquiera con un sistema bien organizado, puede descifrar un código. Eso lo sabían perfectamente el FBI, la CIA y el servicio de Inteligencia.

La inquietud creció de grado. Inmediatamente se comunicó con las unidades militares norteamericanas encargadas de escoltar al Presidente en su viaje, del mismo modo que fuerzas soviéticas y chinas especialmente designadas, protegían a sus respectivos dignatarios en la secreta conferencia de alto nivel.

La sorpresa fue total. Y de un pesimismo demoledor.

¡Nadie respondió a las llamadas radiadas o telefoneadas al Punto Equis de la reunión! El mayor silencio reinaba en los centros radiotelefónicos del lugar elegido para el encuentro en la cumbre.

El Vicepresidente, nervioso y excitado, utilizó el teléfono rojo. Llamó a Moscú, mientras solicitaba comunicar igualmente con Pekín. Notificó lo que sucedía, y suplicó inmediatas noticias si contactaban con las unidades militares soviéticas. Hizo igual con los chinos. Ambos, recelosos, le advirtieron de que cualquier suceso sería entera responsabilidad de los Estados Unidos, puesto que su Presidente había llevado la iniciativa en el asunto, y era el anfitrión de sus colegas.

Tanto el Servicio de Inteligencia soviético como las autoridades militares chinas, prometieron intentar inmediatamente el contacto

de máxima urgencia con el Punto Equis, donde se celebraba la entrevista en la cumbre.

El Vicepresidente, apenas hubo colgado, llamó al Pentágono y a los asesores militares del Presidente, convocando una reunión de urgencia. La tensión dentro de la Casa Blanca era insoportable a aquellas alturas.

Y entonces llegó la peor de las noticias imaginables. Con un retraso de más de siete horas sobre lo previsible. Eso es lo que hizo imposible que se pudiese impedir a tiempo la catástrofe que iba a conmocionar al mundo, e iba a convertir a los más altos dignatarios del mundo actual... en simples piezas de una cacería a muerte totalmente insólita y desconocida en toda la Historia.

Porque ¿quién podía imaginar entonces en Washington, Moscú o Pekín, que los hombres más importantes de la Tierra, los responsables de sus respectivos destinos iban a ser pocas horas más tarde el objetivo de una cacería despiadada y feroz, en la que la orden terminante era realmente increíble y se ajustaba a estas pocas e inauditas palabras?

—¡Si ven al Presidente de los Estados Unidos, al Premier soviético, al primer ministro chino o al Secretario de las Naciones Unidas... TIREN A MATAR!

CAPÍTULO III

Todo había empezado ya a bordo del poderoso transporte de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos.

Los cuatro vigilantes de la misteriosa carga, levantaron sus brazos al oír la fría voz y verse amenazados por las armas automáticas:

—¡Ni un solo movimiento! No intenten nada, o tendremos que matarles sin la menor vacilación.

—¿Qué significa...? —masculló uno de ellos, clavando su mirada preocupada en los hombres que habían surgido como por encantamiento en torno a ellos.

—Significa que hay polizontes a bordo —rió sordamente uno de los intrusos, enfilando su fusil ametrallador hacia el que había hablado—. Y que somos los que llevamos aquí la voz cantante.

—¿Se han vuelto locos? —jadeó otro de los técnicos—. Nunca lograrán nada. Este avión tiene la máxima seguridad...

—Sabemos todo sobre este avión y sus condiciones de vuelo y seguridad —afirmó secamente otro de los componentes del extraño grupo de hombres cubiertos con pasamontañas, cuyos ojos se mostraban lo bastante torvos y fríos como para no permitir el menor margen a la confianza—. Hagan lo que les digamos y no ocurrirá nada.

Les empujaron con sus armas hasta el fondo de la amplia cabina de carga. Eran exactamente tres los asaltantes. Pero tenían absoluta superioridad sobre los cuatro sorprendidos pasajeros especiales.

La sorpresa, las armas y una indiscutible decisión en sus actos, les daba esa ventaja ostensible, que los amenazados captaban con claridad en el ambiente. Por tanto, obedeciendo, confiados en que muy en breve, el sistema de seguridad establecido a bordo, haría advertir a los tripulantes del transporte militar la presencia de extraños a bordo. Una simple llamada de emergencia a los

controles, haría que los asaltantes fuesen cazados como moscas en una trampa pegajosa.

—Esto no tiene sentido —manifestó uno de los expertos—. Llevamos un simple ingenio mecánico sin trascendencia...

—No sea necio —rió burlonamente uno de los asaltantes—. ¿Cree que estamos aquí por gusto o por diversión? Cuando hacemos algo, sabemos lo que es desde un principio. No se haga ahora el listo con nosotros.

—Bueno, basta de charla —cortó otro del trío—. De un momento a otro tenemos que atender el control de seguridad.

Los amenazados pestañearon. Se miraron entre sí, inquietos. Aquellos asaltantes conocían la existencia de un sistema de seguridad a bordo. Eso era imprevisible.

En efecto, momentos más tarde, osciló una luz verde en el muro. Hizo una serie de parpadeos breves o largos. Era lenguaje Morse en clave. Uno de ellos lo siguió atentamente. Fue a un pulsador y empezó a teclear en él, con seguridad absoluta.

Allá, en la cabina de pilotos, otra luz verde pestañeó en Morse. El mismo código y sistema fue utilizado desde la cabina de carga, para responder a la demanda. El piloto sonrió, moviendo la cabeza afirmativamente.

—Todo correcto allí —tradujo el mensaje—. Notifique a la base de control, Stuart.

—Sí, señor —el radiotelegrafista comunicó en el acto con los controles que seguían el vuelo del aparato, para informar de la ausencia de novedades a bordo.

Atrás, mientras tanto, los hombres armados procedían a reducir a los encargados del contenido situado bajo lonas herméticas, por el expeditivo procedimiento de inyectarles un narcótico rápido y potente. Momentos más tarde, eran cuatro cuerpos inmóviles, mientras sus agresores se hacían cargo de su tarea con una eficiencia y rapidez que revelaba su entrenamiento previo para aquella misión. Era obvio que todos sabían lo que estaban haciendo. Y se conocían los sistemas de seguridad tan al dedillo como los propios elegidos para aquel traslado ultrasecreto.

El avión estaba aproximándose a Thule. El piloto extrajo el sobre lacrado, y lo despegó, solemne, cuando su reloj marcaba la hora exacta para hacerlo. El papel doblado que contenía, tenía una sola

frase:

POLO NORTE

—Bien —suspiró, estrujando el mensaje secreto—. Adelante, amigos... Vamos al Norte...

Y se elevó más en el cielo, mientras el radiotelegrafista transmitió, añadiendo luego un último mensaje ordenado por el comandante de vuelo:

—Consultadas órdenes secretas, seguimos rumbo Norte. Es todo.

Cerró la radio, respirando con fuerza. El transporte atravesó las nubes, rumbo a las heladas estepas árticas.

Eso fue así, hasta que, súbitamente, una fría voz ordenó a los tripulantes:

—¡Ni un movimiento falso! Ni una llamada, ni un mensaje. Nada en absoluto. Vuelen normalmente hasta que yo les indique. Luego obedezcan punto por punto... ¡o morirán todos!

Se volvieron los tres tripulantes, angustiados. Un fusil ametrallador se fijaba en ellos, ominoso, en las enguantadas manos de un hombre vestido de cuero, con un pasamontañas sobre el rostro. Los acerados ojos brillaron glacialmente.

Tuvieron que obedecer. Otro hombre igualmente vestido de cuera y con un pasamontañas y un subfusil automático, entró en la cabina, procedente de la sala de carga. Parecía saber muy bien lo que hacía. Ante el asombro de comandante y ayudantes, accionó una serie de teclas del cuadro de controles.

Supieron que acababan de poner en funcionamiento un sistema especial de seguridad de que estaban provistos los aviones-espías y los transportes muy especiales. Una red antirradar envolvió al avión. Éste dejó de ser detectado por las bases de control norteamericanas.

Como si se hubiera hundido en el Atlántico, entre los hielos flotantes. En todas las pantallas de radar, desapareció el punto luminoso que marcaba la ruta del transporte.

Rápidamente, fueron dadas órdenes de localizar al avión por todos los medios. Salieron escuadrillas del Comando Estratégico del Aire para localizarlo, pero lo hacían a ciegas, basándose en su última posición, puesto que nada detectaba la actual situación del aparato.

No dieron con él. La búsqueda duró varias horas. Se envió urgente mensaje a la Fuerza Aérea y a los Servicios de Inteligencia, sobre la posible pérdida del aparato.

Pero la situación gravísima por la que atravesaba en estos momentos todo el control estratégico, militar y político de la capital federal, a causa de la pérdida de contacto con el lugar de la reunión en la cumbre, hizo que los responsables de Seguridad Nacional cometieran un gravísimo error: retrasar la comunicación de los hechos al departamento especial encargado de tal misión.

Cuando se llegó a saber lo sucedido cerca del círculo polar Ártico, ya era demasiado tarde.

El avión seguía sin aparecer. Pero pronto iban a saber de él. Y las noticias serían las peores imaginables. Incluso después de lo sucedido con el lugar donde se reunían los jefes de gobierno más poderosos de la Tierra...

El agente especial

AS-101,

se inclinó hacia el general Lamont, del Pentágono, con expresión anhelante.

—¿Cómo ha dicho, señor? —Su voz sonó ronca.

—Sé lo que sentirá. Acabo de enterarme. Todo está demasiado revuelto, y pensaron que la noticia era secundaria. Pero puede ser tan funesta como la otra. Éste es, evidentemente, un mal día para todos.

—Pero... ¿quiere decir que el avión secreto... ha desaparecido?

—Sin dejar rastro —asintió el militar, ceñudo—. Se pensó en que pudiera haberse hundido en el Atlántico. Pero no hay rastro de ese supuesto desastre. No se ha captado nada parecido en todo el área por donde volaba el aparato.

—Entonces, ¿qué ha podido suceder?

—No lo sé. Ha desaparecido. Sencillamente eso.

—¡Un avión no se evapora en el aire, señor!

—Claro que no. Algo ha sucedido. ¿Sabe usted si poseía sistemas antirradar?

—Los poseía. Igual que un avión-espía de los más modernos. ¿Supone...?

—No supongo nada. Pero ¿qué pensaría usted?

—Lo peor —dijo el agente especial con sorda voz—. Tal vez se han apoderado de él. Y han activado los sistemas antirradar para desorientar a los controles.

—Se ha advertido de tal posibilidad a todos los controles y aviones de reconocimiento. Pero un poco tarde. En escaso tiempo, puede hallarse ya muy lejos de donde estaba.

Ensombrecido,

AS-101

se dejó caer en un asiento, el rostro entre las manos. Su voz sonó apagada, trémula incluso:

—Dios mío... Y con eso dentro...

El general le miró gravemente. Asintió, severo:

—Pueden haber sido los rusos. O un comando terrorista de cualquier país. No sabemos nada. Pero eso, unido a lo que pueda ocurrir en el Punto Equis... me llena de temores.

—Y a mí, señor. ¿Se sabe algo de... del Punto Equis?

—Nada. Hay interferencias en la zona. Se han enviado aviones especiales y unidades de guerra. Los rusos y los chinos tampoco logran conectar con sus escuchas. Los buques de guerra y los aviones que rodean la zona de seguridad, no responden a nuestras llamadas. Es como si un poderoso campo magnético envolviera esa zona en una especie de tempestad electrónica que nos impide comunicar y que posiblemente interfiera los mensajes de ellos.

—Y todo al mismo tiempo... Es muy raro, general.

—Mucho —suspiró el militar, poniéndose en pie cansadamente—. Vaya a su Departamento. Su jefe quiere hablar con usted en cuanto tenga algo concreto entre manos. Estaba entrevistándose con el Vicepresidente, cuando yo venía hacia acá. Espero que hayan decidido algo al respecto, sobre cualquiera de ambos problemas. O sobre los dos a la vez.

AS-101 parecía tener dentro de sí la impresión cierta del desastre. Su rostro había palidecido y sus facciones enérgicas y varoniles se endurecían aún más en un gesto de honda preocupación e incertidumbre.

Le hubiera gustado, cuando menos, poder hablar unas palabras con Sylvia. Pero ella se encontraba en Nueva York hacia algún tiempo, ocupada en sus tareas de traducciones para el organismo internacional de las Naciones Unidas donde trabajaba, y lo último

que supo de ella fue cosa de tres semanas atrás, cuando iniciaba unos cursillos especiales dentro de la propia organización internacional, y le anunciaba que muy pronto podría darle una agradable sorpresa.

Había telefonado dos veces aquel día al domicilio de Sylvia en Nueva York, con el propósito de cambiar impresiones con ella, charlar de cosas triviales, para olvidarse de las trascendentes, pero en ambas ocasiones el teléfono sonó, sin que nadie lo descolgara. Evidentemente, Sylvia estaba mucho más ocupada de lo que imaginó, puesto que habitualmente era una joven hogareña y poco dada a estar ausente de su domicilio. Sabía eso por experiencia.

Claro que Nueva York no era Washington. En la gran ciudad era muy probable que nuevas costumbres, nuevas amistades, pudieran hacerle cambiar de vida. No le gustaba esa idea, pero no tenía más remedio que admitirla. Después de todo, Sylvia era una muchacha muy independiente, y él no tenía autoridad alguna para exigirle nada.

En alguna ocasión había estado a punto de pedirle una relación formal y comprometerse con ella seriamente. Pero no pudo ser.

Lo pensó mejor, y resolvió no renunciar aún a su peligroso oficio para los Servicios de Inteligencia de su país. Si quería seguir siendo el agente especial

AS-101,

tendría que continuar soltero. Los hombres como él no podían casarse. Apenas lo hacían, eran dados de baja de su servicio.

—Un agente casado se convierte en un doble peligro para nosotros —le había dicho en una ocasión su propio jefe de Departamento—. Se hace vulnerable por el lado del amor a su mujer o a sus hijos en cuanto los tiene..., y resulta muy difícil para un hombre que convive con su esposa, guardar estricto secreto de cosas que forzosamente está obligado a mantener en absoluto silencio.

Su jefe era frío y cerebral como una máquina. Por eso estaba en el cargo que estaba. Pero tenía razón en eso. La tenían los reglamentos internos. Un hombre no puede repartir su entrega y dedicación entre una mujer y un servicio altamente secreto a su patria.

Y no dijo nada a Sylvia. No dio el paso que hubiera deseado dar.

Ella, naturalmente, seguía su propio camino con absoluta independencia, y hacía bien. Su trabajo en la ONU le gustaba, su dominio de los idiomas oficiales del organismo internacional era perfecto, y no tenía por qué esperar a que su futuro culminase en un hogar y un marido.

Ahora lamentaba no tenerla cerca. Le hubiera hecho tanto bien relajar sus tensos nervios con una charla intrascendente, con un paseo con Sylvia, por las orillas del río Potomac...

Pero Sylvia estaba en las orillas del East River ahora, no en Washington. Tenía que aceptar eso y relajarse solamente ante un cigarrillo o una taza de café, si a eso se le podía llamar relajamiento, mientras las agujas del reloj avanzaban lentamente, y de dos frentes distintos, las noticias que llegaban no eran ni buenas ni malas. Simplemente, no había noticias.

Y esa ausencia de información era aún más inquietante que la peor de las noticias.

¿Por qué no se hallaba rastro del avión transporte militar cuyo rastro se había perdido cerca de Thule?

¿Por qué había un campo magnético que interfería las comunicaciones en el área de la reunión de altos mandatarios, en un lugar del Caribe?

No había respuesta. Todavía no.

Pero la alerta general estaba dada. Y no sólo en Washington, sino también en Moscú y en Pekín. E incluso en Nueva York, puesto que el secretario general de las Naciones Unidas formaba parte de esa reunión de alto nivel.

La tensión en la capital federal se hacía insufrible por momentos. Los mecanismos de defensa y ataque habían sido puestos en estado de alerta por los altos jefes militares. Era obvio imaginar que lo mismo sucedía ahora en China y en la Unión Soviética, aunque la tensión y la inquietud no hubieran trascendido al resto del mundo, dado el estricto carácter secreto de la situación.

AS-101 se encaminó a la cafetería del recinto donde se encontraba a la espera de noticias. Pidió un café doble, sin azúcar, y rechazó cualquier tipo de menú ligero. No sentía el menor apetito.

Estaba tomando el café cuando se difundió la primera y desastrosa noticia. Y no fue por conductos ultrasecretos ni a través de informes confidenciales como estalló la bomba en medio de

todos, causando una olea da de auténtico pánico y estupor.

Sencillamente, la emisora de radio que tenía conectada fue la que emitió la noticia, al interrumpirse la músicaailable que sonaba suavemente en la cafetería.

—Atención, atención —sonó la voz en la emisora—. Habla un comando del grupo GROVI. Atención, americanos, estáis escuchando la voz de GROVI. Nuestras siglas corresponden al grupo terrorista GROVI, que significa Grupo Revolucionario Orden Violento Internacional. No olvidéis que os habla GROVI. Hay un mensaje urgente y trascendental para todos vosotros, ciudadanos americanos.

Hubo una pausa, y sonó una especie de clarín o trompeta, antes de que la voz se reanudase. Distraído,

AS-101

pensó que se trataba de algún guión radiofónico de actualidad, sobre la violencia y el terrorismo en el mundo. Algo así como lo que hizo Orson Welles en su época, con los marcianos de La guerra de los mundos, pero utilizando una amenaza mucho más cercana y tangible que los seres de otro planeta, como eran los terroristas de la actualidad.

La voz prosiguió, y entonces llegó la bomba:

—Atención, americanos. Un comando nuestro ha logrado apoderarse de la emisora central y transmite desde ella este boletín de urgencia, antes de que la propia emisora y sus instalaciones sean voladas. Os anunciamos que vuestro Presidente, así como quienes con él se encontraban reunidos en una conferencia de alto nivel en la isla Gracia de Dios, del Caribe, está ahora en nuestro poder y la zona ha sido reducida al silencio, al interrumpirse sus comunicaciones mediante un campo magnético provocado por nosotros, y que las autoridades federales conocen ya muy bien. El Presidente de los Estados Unidos y los gobernantes de otras naciones allí reunidos son nuestros rehenes en estos momentos. Pero hay algo más... Ninguna fuerza militar, aérea o naval podrá intentar el asalto de esa isla, sin que perezcan todos sus ocupantes, tanto nuestros comandos como los cautivos, ya que ha sido secuestrado por otro comando de GROVI un avión transporte militar de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos, matriculado

US

AF-D

307, a la altura de Thule, para ser conducido a esa isla, donde ha tomado tierra ya, con una peligrosísima carga a bordo. Esa carga es, ni más ni menos, que una nueva arma secreta norteamericana que el Gobierno se disponía a destruir, sumergiéndola para siempre en el Polo Norte, y que ahora se halla en la isla Gracia de Dios, junto a nuestros prisioneros. Cualquier ataque, cualquier intento de liberar a los rehenes con los poderosos medios de que disponen los Estados Unidos y otros países, significará la liberación de la fuerza destructora de esa arma, lo cual provocará no sólo la muerte de las víctimas actualmente cautivas, sino un verdadero desastre en muchas millas a la redonda.

Ahora ya no podía ser un guión radiofónico. Intensamente pálido, tenso, demudado,

AS-101

había derramado el café de su taza y le temblaba ligeramente la mano. Sus ojos se clavaban en el altavoz de la radio, al igual que los de todos los presentes. El silencio en la cafetería del Centro de Inteligencia washingtoniano, era mortal.

La voz concluyó, con tono de arena política:

—¡Luchamos por un nuevo orden revolucionario y violento que traiga mayor justicia a un mundo desequilibrado e injusto! ¡Nosotros, los miembros del GROVI, estamos dispuestos a luchar hasta la muerte por ese nuevo orden que termine con lo establecido! ¡Y hemos empezado a actuar! Ahora, los gobiernos deberán esperar nuestro nuevo mensaje, con las condiciones que exigimos para la liberación de los rehenes. Si intentan algo contra éste comando o contra la isla Gracia de Dios, ya conocen nuestra respuesta de antemano: ¡la muerte inmediata del Presidente de los Estados Unidos y sus ilustres huéspedes! Y el desastre en una zona del Caribe que puede significar... el principio del fin para todos. ¡Viva la revolución mundial de la nueva causa!

Y siguió un himno marcial absolutamente desconocido para todos, como epílogo al fantástico mensaje.

AS-101 había dejado de ser por unos momentos, en tanto escuchaba la arenga amenazadora de aquella voz, el agente especial al servicio de los Sistemas de Inteligencia de su país, para ser solamente Ray Garfield, ciudadano norteamericano de treinta años

de edad, y simple ser humano. Como tal, tembló ante la amenaza que sonaba irreal, pero que conociendo las circunstancias, no lo parecía ya tanto.

Como hombre, como persona, temió lo peor en las siguientes horas, y tuvo miedo. Pero eso fue apenas un momento.

Ahora, cuando salió de la cafetería con paso rápido, volvió a ser el frío y sereno agente especial

AS-101,

un nombre-clave, unas siglas y unas cifras dentro de la aséptica e inexorable máquina de los Servicios Secretos.

Nada más que eso. Un agente dispuesto a hacer lo que fuese por impedir que aquellos terroristas de desconocido origen y motivación pudieran llevar a cabo sus amenazas.

CAPÍTULO IV

El hombre alto, de cabellos ligeramente canosos y rostro curtido y serio, contempló con sus ojos claros la distancia. Se volvió lentamente a quienes le acompañaban en la sala confortable, dotada de aire acondicionado y de todas las comodidades.

—Caballeros, me temo que esa gente dice la verdad —habló con voz pausada—. Acaba de aterrizar en el aeropuerto local el avión transporte de mi país. Es el

US

AF-D

3C7, no hay duda de ello.

—¿Y eso significa...? —preguntó el hombre de facciones mongólicas, expresión cauta y gorro de astrakán sobre sus cabellos oscuros y cortos.

—Eso significa, mi querido colega, que ellos no mintieron. Han traído el arma secreta. Está ahora aquí, con nosotros, en esta diminuta isla.

—¿Y si los buques de guerra o los aviones de caza atacaran? —sugirió el tercer miembro del grupo, un hombre de tez aceitunada, ojos oblicuos, traje gris uniforme, con numerosas condecoraciones militares, y gorra de igual color gris que el resto de sus prendas, con una estrella roja sobre la visera.

—No sólo peligrarían nuestras vidas, sino que ellos podrían liberar lo que contiene ese avión, aun en el supuesto de que los proyectiles no dañaran la carga... y no sólo moriríamos todos en esta isla, sino que se desencadenaría el terror y la muerte en todo el mundo. Simplemente eso, caballeros.

Suspiró cansadamente, inclinando la canosa cabeza con expresión taciturna. Los otros dos dirigentes políticos cambiaron una mirada de inquietud. Un hombre rubio, ligeramente canoso, grave y cortés, de ademanes tranquilos y expresión amable, se puso

en pie en su asiento, al final de la mesa semicircular donde los cuatro habían estado sentados últimamente, vigilados por los nuevos guardianes del recinto, que ya no eran marines norteamericanos ni las escoltas personales de los estadistas invitados, sino hombres con máscaras de goma al rostro, metralletas en las manos y una fría y despiadada decisión en todos sus ademanes.

—¿Qué pretenden exactamente con esto? —indagó—. ¿Cree usted que pedirán rescate por nosotros, señor Presidente?

—Es obvio que sí. De otro modo, ya nos hubieran asesinado desde un principio.

—Toda la fuerza militar que nos rodea, de poco sirve ya —comentó agriamente el Premier soviético—. No pueden atacar la isla. Ni pudieron hacerlo antes, porque hubiese significado nuestra ejecución inmediata. No han podido informar al exterior ni comunicar entre sí, por la presencia del campo magnético en esta zona. Todo eso implica organización y poderosos medios. Demasiado para un vulgar grupo terrorista de cualquier signo.

—Estamos de acuerdo —asintió el Presidente de los Estados Unidos, volviéndose a su colega ruso—. Éste, evidentemente, no es un grupo vulgar, señores. Disponen de medios eficaces, de recursos costosos y de una organización perfecta.

—Eso implica dinero.

—Desgraciadamente, sí —suspiró el secretario general de las Naciones Unidas, paseando por la estancia y asomándose al ventanal desde el que se descubrían en alta mar, rodeando la isla, las unidades navales norteamericanas, soviéticas y chinas, reunidas para la conferencia de alto nivel, como medida de seguridad para los altos dignatarios—. Ahí están todos. Pero no pueden hacer nada. Ustedes, caballeros, son rehenes demasiado valiosos para poner en peligro sus vidas. Y ahora, además, ellos tienen en la isla el más poderoso medio de persuasión imaginable. Un arma capaz de aniquilarnos a todos...

—Ésa ha sido una de las grandes ideas norteamericanas —se quejó el primer ministro chino—. Armas, armas, armas... Siempre armas nuevas y más terroríficas que las anteriores...

—Lo siento —se volvió a él el Presidente de los Estados Unidos—. Ya ha visto que, apenas descubrimos la clase de ingenio mortal

surgido de nuestros centros experimentales, ordenamos destruir toda la sustancia almacenada. Por desgracia, no nos ha sido posible hundirla para siempre en el mar, donde según los expertos, cuando llegase en el futuro la erosión de su envoltura por la acción de las aguas, ya estaría neutralizado el poder mortal de su contenido. El tiempo es el único enemigo que tiene ese producto. Unos años bastan para anular sus efectos letales. Pero en estos momentos es terriblemente efectivo.

—Por desgracia no han transcurrido esos años —dijo sarcásticamente el soviético—. De modo que estamos en peligro de sufrir sus efecto, ¿no es cierto?

—Si la envoltura se dañase por cualquier razón, así es —admitió tristemente el primer mandatario norteamericano, dejándose caer en el asiento—. Se liberaría un poder mortífero sin precedentes.

—¿Un arma radiactiva, quizá? —quiso saber el chino, con tono amargo.

—No —negó vivamente el Presidente—. Es alto secreto, como podrán imaginar, pero dadas las circunstancias, puedo desvelarles algo del mismo.

—Si es que va a servir para algo... —dudó con escepticismo el Premier ruso.

—No servirá posiblemente para nada, señores. Si exigen un rescate y nuestros países lo pagan, nos liberarán, aunque ignoro lo que harán con el arma secreta. Pero puedo anticiparles que esa arma no es de tipo nuclear ni radiactivo. Se trata de un descubrimiento químico asombroso. Ni su propio inventor pudo imaginar jamás lo que tenía entre manos. Cuando se percató de ello, solicitó exponerme personalmente la situación, y yo fui quien ordenó la inmediata destrucción de la sustancia, adoptando todas las precauciones imaginables. Por desgracia... ya saben los resultados.

—Seguimos sin saber qué clase de arma química es —señaló hoscamente el primer ministro del Gobierno de Pekín.

—Ni se lo diré... No conduciría a nada, señores. Pero sepan que ese ingenio, si se liberase... nos sentenciaría a muerte a todos. Y algo más. Sentenciaría a cuántos tuvieran el menor contacto con nosotros.

—¿Contaminación? —apuntó el secretario general de las

Naciones Unidas, con gesto preocupado.

—Algo así. Una epidemia mortal, incurable... y altamente contagiosa. Una nueva peste... mil veces peor que la de la Edad Media, caballeros.

En ese momento un comando entró en la sala, con su metralleta en ristre. Se cubría, pese al calor de la isla del Caribe, con un pasamontañas que dejaba solamente al descubierto sus ojos fríos y acerados.

Se encaró con los presentes. Les miró sin ningún respeto. Pero su escasa faz visible aparecía bañada en sudor, y en los ojos había un reflejo enloquecido de temor.

—Lo siento, señores —dijo abruptamente—. Alguno de ustedes tendrá que aclararme lo que puede suceder ahora.

—¿A qué se refiere? —indagó sereno el secretario general de la ONU.

—A algo que ha ocurrido en la pista de aterrizaje del aeropuerto local. Éste es demasiado pequeño y los vientos soplaban contrarios cuando el transporte militar capturado aterrizó. Ha sido un aterrizaje algo violento. El avión ha sufrido daños. Y la envoltura de la carga secreta se ha dañado, sufre algunos desgarros... ¿Ello es grave?

—¿*Grave*? —la repetición venía de labios del Presidente norteamericano, al que todos, especialmente sus colegas del Este, miraban con repentina inquietud—. ¿Ha dicho usted *grave*? ¡Es un desastre *total*! Si la envoltura de seguridad ha sufrido el menor daño..., el mal es ya irreparable. Todos estamos condenados a morir.

Los terroristas se miraron entre sí con una expresión de pánico irrefrenable en sus ojos. Del aeropuerto llegó, lejano, el sonido de sirenas de alarma, dando a entender que la información era tristemente cierta.

El caos se había producido.

—Grupo Revolucionario de Orden Violento Internacional... No, no hay nada sobre esa organización terrorista en nuestros archivos...

—¿Absolutamente nada?

—Absolutamente nada —resopló el jefe de la sección, cerrando

el mueble metálico tras archivar en él los *dossiers* sobre terrorismo —. De todos modos, lo intentaremos por medio del banco de datos de la computadora, pero dudo mucho que haya allí nada especial.

La computadora fue accionada. Se le dieron los datos conocidos sobre la organización que se hacía responsable de los hechos. Tras un período de funcionamiento, devolvió una ficha con una inscripción concreta:

NEGATIVO
NO EXISTEN DATOS

—Se lo dije —suspiró el jefe de sección, arrojando a una papelera el informe—. No hay nada sobre GROVI. Es un grupúsculo absolutamente desconocido para nosotros.

—Pediremos datos a otros países, aunque me temo que suceda igual —comentó T. J., director del Departamento de Inteligencia Especial, arrugando el ceño. Cambió una mirada con su acompañante, el agente especial

AS-101

—. Usted se ocupará personalmente de toda la operación. ¿Cree que podrá coordinar los suficientes elementos para intentar algo?

—Sé que podré coordinar algunos efectivos. Pero ignoro si lo que se intente resultará bien, señor. La situación es grave y difícil.

—¿Cree que no lo sé? Pero no podemos permanecer cruzados de brazos ante lo que ocurre. Hay que esperar a que la situación ofrezca un punto favorable, aunque sea uno solo. No podemos perder toda esperanza, compéndalo.

—Lo comprendo muy bien —suspiró

AS-101

—. Yo nunca pierdo la esperanza. Pero no todo será sencillo, aunque surja una posibilidad de acción.

—Bien, adelante con su trabajo. Actúe como si esa posibilidad existiera. Es todo. Ah, otra cosa. Llame a Walt Lydecker y póngase en contacto con él.

—¿Walt Lydecker? —AS-101 enarcó las cejas—. Cesó en el servicio activo, señor. Se casó hace tres años...

—Lo sé. Pero fue nuestro mejor hombre en sistemas de seguridad. Todavía no ha venido nadie que supere su labor y

eficiencia. Cambie impresiones con él de un modo extraoficial.

—¿En estricto secreto?

—Si puede, sí. Pero Lydecker se casó. Dudo mucho que un hombre guarde ciertos secretos a su esposa. De todos modos, esto va a ser noticia mundial en pocas horas. Aunque intentemos bloquear la noticia radiada, nos será imposible. Habrá habido escuchas de la emisión en el extranjero. No podemos tapar todas las bocas. Y mucho me temo que los terroristas hayan transmitido también en la frecuencia de onda adecuada para que capten su mensaje en Europa y Asia. A estas horas, seguramente China y la Unión Soviética saben ya lo que sucede en la isla Gracia de Dios.

Habían dejado atrás el departamento de archivos especiales. Un oficial de Seguridad se cruzó con ellos. Saludó militarmente a T. J., y le entregó un mensaje sellado. Se ausentó. El jefe de Inteligencia Especial rasgó el sobre y leyó el texto. Se lo tendió, sombríamente, a AS-101.

—¿Qué le dije? —rezongó—. Eso lo confirma. Moscú y Pekín piden una consulta urgente de Servicios de Seguridad. La noticia está ya en todo el mundo. Hay preparadas ediciones especiales en Londres, París, Roma, Madrid y otras capitales de Europa con la información conocida. Tenemos que levantar el bloqueo de esa información. No podemos ocultar por más tiempo la noticia.

AS-101 le devolvió el mensaje. T. J. lo estrujó con ira entre sus dedos, y se alejó con rapidez.

—¿Qué quieres de mí, Ray?

Garfield miró a su viejo camarada, tras estrecharle la mano. Walt Lydecker seguía siendo el mismo de tres años atrás. El compañero que había tenido en Inteligencia y que había sido una notabilidad indiscutible en medios de seguridad. Aún se utilizaban muchos de sus procedimientos. Otros, habían sido simplemente renovados.

Su amplia sonrisa y sus ojos grises y vivaces, mostraban pese a todo la sombra de la preocupación. Era obvio que él también había oído la terrible noticia por la emisora capturada por el comando del GROVI.

—Personalmente, nada —suspiró Ray Garfield, mirando a su amigo con cierta envidia. El tenía al menos la posibilidad de ser

ahora él mismo, de tener un hogar y una esposa, y no vivir esclavizado a un sistema, como un simple engranaje de una maquinaria compleja y difícil, donde el individualismo nos representaba nada, ni a las personas les estaba permitido tener sentimientos—, pero T. J., me ha pedido que acuda a ti. Necesitamos tu ayuda.

—Entiendo. ¿Se trata de... del ultimátum escuchado por la radio?

—Exacto. Ya es noticia en todo el mundo, Walt. No se pudo guardar el secreto.

—Me lo temía. ¿Qué puedo hacer yo?

—No lo sé. Nadie lo sabe, si he de serte franco. Trabajamos a ciegas. Y no hay mucho que se pueda hacer.

—¿No está rodeado por unidades navales de guerra el punto de la reunión a alto nivel?

—Claro. ¿Y de qué sirven? Nuestros barcos, así como los navíos rusos y chinos, no pueden hacer nada. Si intentan bombardear la isla, matarán a los cautivos. Si se pretende invadirla, ellos mismos ejecutarán a los rehenes. Y hasta ahora, todo estuvo paralizado: comunicaciones, mensajes, cohesión... Todo.

—¿Por qué? ¿Cómo pudieron hacerlo?

—Campo magnético. Interferencias intensas en radio y radioteléfono, incluso en frecuencias especiales.

—Ya. Eso es serio. Disponen de medios costosos, según veo.

—Muy costosos. Y bien utilizados. Es toda una formidable operación. Se trata de terroristas de gran envergadura.

—¿Qué clase de terroristas? ¿Algo relacionado con Oriente Medio?

—No, no lo creemos. Es un grupo nuevo. Sin historia. Los GROVI no figuran en los archivos. La computadora no almacenó nada de ellos.

—Mal asunto. ¿Cómo acabó el asalto a la emisora?

—La abandonaron sin causar daño, una vez utilizada. Pero dejaron unas cargas explosivas conectadas. Hubo que desactivarlas. El comando desapareció sin dejar rastro.

—Todo bien medido y calculado. ¿Es cierto lo de esa arma secreta en la isla?

—Muy cierto. Lograron secuestrar un avión de transporte

especial, sometido a la máxima seguridad imaginable. No sé cómo lo hicieron. Conocían los códigos de seguridad y los mecanismos de neutralización del radar.

—¿No habrá traidores aquí, Ray? —dudó Lydecker.

—Todo es posible cuando hay mucho dinero por medio. Esa gente tiene recursos muy fuertes. Eso significa dinero. Y todo el mundo tiene un precio, Ray.

—Quizá sea así. Tendremos que investigar a fondo al personal. Ya pensé en algo así, cuando advertí que todos los procedimientos de seguridad eran neutralizados sistemáticamente.

—De todos modos, sigo sin saber qué puedo hacer en este asunto.

—T. J., te lo explicará quizá. Respecto a mí, solamente quiero exponerte todos los detalles del asunto. Tal vez se te ocurra algo.

—Dios lo quiera. Adelante, Ray. Te escucho.

Le relató los pormenores del asunto. Walt Lydecker escuchaba atentamente los informes. Una vez hubo terminado Ray Garfield, su antiguo compañero de tareas de seguridad, hizo una sola y escueta pregunta:

—Ray, ¿es muy peligrosa la naturaleza de esa arma secreta enviada a la isla por los terroristas?

—Mucho —asintió él—. Infinitamente peor que una bomba nuclear, aunque más silenciosa.

—¿No es una bomba de neutrones, entonces?

—No. Ya te digo que es silenciosa. Y letal. Si la envoltura sufriese algún desperfecto y hubiese una evasión del contenido, por pequeña que ésta fuese... sería desastroso.

—¿Arma química, entonces?

—Sí. Arma química. La peor imaginable. Es un virus.

—¡Un virus!

—Bueno, por llamarle de alguna forma. Ni siquiera; estamos seguros de que sea un virus, para serte sincero, Pero se trata de un mal aterrador. Una especie de peste moderna. Altamente contagiosa. Una epidemia mortal.

—Una epidemia... —Se estremeció Walt Lydecker—. Dios mío... ¿A quién se le ocurrió tal cosa?

—A uno de nuestros científicos. Se iba a destruir sin dejar rastro. Y ha tenido que ocurrir esto...

—Si los terroristas se ven en apuros, no dudarán en averiar la envoltura para liberar el arma. ¿Saben ellos la clase de instrumento de muerte que poseen?

—No... Ya no sabemos si revelarlo o no. ¿Qué será mejor, que lo ignoren o que sepan la naturaleza exacta de ese ingenio fatídico?

—No lo sé, Ray, pero si el Presidente conoce lo que contiene ese recipiente, ¿qué hará ahora? ¿Le obligarán a hablar? ¿Lo dirá él por su propia iniciativa...?

—Todo son conjeturas, Walt. No podemos saber nada. Tenemos que esperar a que ellos vuelvan a enviar un mensaje e impongan condiciones. Mientras tanto, la orden para las unidades navales y aéreas será rodear la zona de la isla Gracia de Dios, sin intervenir bajo pretexto alguno, y sin provocar tensiones que pudieran poner nerviosos a los terroristas.

—Es lo más sensato. —Lydecker se frotó el mentón, paseando ante su antiguo camarada—. ¿Qué dicen a todo esto los demás? Me refiero a la URSS, a China...

—De momento, silencio. Están estudiando la situación. Han pedido una conferencia especial con nuestros expertos y políticos. No sé lo que resultará de todo eso.

—Dios nos libre de más problemas. Sólo faltaría que ellos se pusieran violentos...

—Entra dentro de lo posible. Vamos, Walt. Hablemos de todo esto, y decidamos lo que se puede hacer..., suponiendo que haya un momento en que se pueda hacer realmente algo.

—Sí, vamos, Ray —asintió ceñudo Lydecker, sin ningún optimismo en su tenso rostro preocupado.

CAPÍTULO V

El hombre del pasamontañas clavaba sus ojos en ellos.

Evidentemente, era joven. Muy joven, quizá casi en la adolescencia. Pero tan peligroso como los demás. Incluso demostraba tener cierta autoridad sobre los que se cubrían con grotescas máscaras de goma, cuya expresión sardónica contrastaba tanto con la seriedad de la situación.

—Presidente, hable de una vez —insistió con dureza—. ¿Qué clase de arma es la que hemos traído a la isla?

El primer mandatario de los Estados Unidos se mantuvo callado. Apretó los labios. No parecía amedrentado por la presencia de la metralleta ante su pecho y la crispación del dedo del terrorista en el gatillo.

—¿Qué adelantaremos con decirle nada? —Se encogió de hombros el secretario general de la ONU—. Aunque lo supiéramos, eso no iba a cambiar la situación. Si el escape producido en la envoltura es lo bastante serio, ya ha oído cuál será el resultado final: la muerte para todos los que estamos en esta isla, e incluso para los que la rodean. Si no... ¿a qué preocuparse?

—¡He exigido una respuesta! —aulló el terrorista con voz iracunda, aguda—. Si no me la dan, cualquiera que sea de ustedes cuatro, no dudaré en matarles a todos.

—¿Ganará algo con ello? —rió suavemente el primer ministro chino—. Si ha ocurrido lo peor, estamos condenados todos. Todos, ¿entiende? Incluso usted y sus amigos. Morir de una forma o de otra no implicará diferencia alguna.

—Todavía no pueden estar seguros de que esos daños causen la salida del contenido letal del recipiente —fue la seca objeción del hombre del pasamontañas—. En cambio, si aprieto el gatillo, sí habrá una seguridad: la de que ustedes todos estarán sin vida, ocurra luego lo que ocurra.

Parecía dispuesto a actuar de ese modo. Los políticos se miraron entre sí. Fue el propio Presidente norteamericano quien, encogiéndose de hombros, dibujó una apagada sonrisa en sus labios, y manifestó cansadamente:

—Está bien. No vale la pena discutir el asunto. Después de todo, ya ninguno saldremos vivos de esta isla. Y aunque saliéramos alguna vez... tendrán que matarnos como a perros rabiosos.

—¿Matarnos? —repitió el del pasamontañas, con voz áspera—. ¿Por qué? ¡Vamos, hable, pronto!

—Esa arma... es una enfermedad creada químicamente. Una enfermedad que se propaga en el aire. Muy contagiosa. Sus efectos son parecidos a los de la antigua peste medieval. Bastará con que respiremos el aire de esta isla unos momentos... para que todos nosotros resultemos contaminados con el mal. Luego, vendrán dolores, espasmos, náuseas, una erupción en la piel, llagas posteriores, una alta fiebre, vómitos y, finalmente, una agonía semejante a la de aquellos que murieron en la Edad Media en Europa... hasta llegar la muerte inexorable.

—¿Sin curación posible?

—Sin curación posible —confirmó rotundamente el primer mandatario americano.

Hubo un profundo silencio. El hombre del pasamontañas estaba bañado en sudor. Sus grises ojos brillaban duramente. Sus manos se crispaban en el arma automática, como si en su rabia estuviera dispuesto a barrer a tiros a quienes consideraba culpables de aquel horror.

—Cerdos... —Silabeó—. Cerdos todos... ¡Es vuestra culpa, malditos!

—Quizá —suspiró el Presidente—. Pero ¿lo haríais vosotros mejor, si llegarais a dominar el mundo?

Sin responder, con fría mirada, el terrorista se dirigió a la salida, mascullando entre dientes:

—¡Tenemos un médico y un químico entre los nuestros! Haré que analicen ese maldito escape y sus posibles consecuencias...

Cerró de un portazo. Los cuatro políticos se quedaron solos. Cambiaron entre sí miradas de incertidumbre y resignación. Ni siquiera parecía haber sido tan importantes alguna vez, ahora que toda esa trascendencia humana y política podía haber terminado en

nada. En una simple plaga, en una muerte digna de los más oscuros tiempos de la historia.

—Quieren estar seguros, comprobar que no hay solución —comentó el Premier soviético—. Mucho me temo que la comprobación resulte positiva...

Y siguieron mirándose en silencio. De una cámara inmediata, entraron en la estancia los secretarios y secretarias, los asesores políticos de los dignatarios reunidos, obligados por sus guardianes armados.

—Van a hablar con nosotros en breve —explicó la auxiliar del secretario general de las Naciones Unidas, al entrar—. Quieren terneros reunidos a todos. Parece ser que vamos a recibir un mensaje directamente del jefe de la organización terrorista, antes de que el ultimátum sea enviado a los respectivos Gobiernos. Creo que desean grabar sus voces, caballeros, para que sirvan de elemento coactivo en el momento de pedir el rescate.

—Lo supongo —asintió el secretario general—. Gracias de todos modos, señorita Asher. Lamento que sus servicios a mis órdenes hayan comenzado de modo tan lamentable...

—No se preocupe, señor —sonrió animosamente su secretaria e intérprete—. Estoy segura de que saldremos de ésta con bien. Es una corazonada.

Los cuatro políticos se miraron en silencio. La ingenua afirmación de la bella y rubia secretaria del dirigente de las Naciones Unidas pareció conmoverles por un momento. Y quizá les hizo pensar en la parte de culpa que, junto con los propios terroristas, tenían ellos en aquellas circunstancias cuyo final iba a ser muy diferente al que la infortunada joven imaginaba.

Pero ninguno tuvo el valor suficiente para quitarle a la muchacha esa ciega confianza en un porvenir que, caso de ser ciertos los temores de los terroristas, prácticamente ya no existía para ninguno de ellos.

Unos momentos más tarde, tuvieron la respuesta a sus dudas. El siniestro personaje del pasamontañas asomó a la cámara de reuniones de la isla Gracia de Dios, y notificó con voz sombría:

—Lo siento, señores. El doctor y el químico han hecho los exámenes pertinentes... Tenía usted razón, señor Presidente. Por desgracia, la prueba ha sido positiva. No hay solución. Pero eso

ellos lo ignoran. Me refiero a sus Gobiernos y países. Pagarán el rescate solicitado. Lo siento por todos, pero no viviremos para disfrutar de ese dinero. Sin embargo, me conforta la idea de que el GROVI sí hará algo con él. Y algún día derribaremos lo que se ha asentado sobre la injusticia, las amenazas de guerra, los odios y los grandes intereses.

Salíó, cerrando violentamente tras de sí. Reinó un profundo silencio en la cámara.

—¿Qué... qué ha querido decir ese hombre, señor? —preguntó la joven a su jefe.

El secretario general de la ONU se volvió a su intérprete con expresión grave, ensombrecido. La miró dulcemente.

—Lo lamento, señorita Asher —dijo—. No hubiera querido que usted lo supiera... pero lo que ese hombre dijo es verdad. Ha sido la confirmación de nuestros temores. No hay remedio, hija mía. Estamos condenados a muerte. Todos nosotros. La hemos absorbido un virus mortal. Estamos enfermos... Tenemos la peste. La moderna y terrible peste artificial que puede destruir al mundo en poco tiempo...

El general Lamont cambió una mirada con Walt Lydecker y con el agente especial

AS-101.

—De modo que están ustedes totalmente de acuerdo en este asunto —comentó el militar del Pentágono, adscrito a Seguridad Militar.

—Por desgracia, sí, señor —asintió Ray Garfield, sombríamente—. Es la única posibilidad para intentar algo.

—Pero es una locura.

—Todo esto lo es, señor —confesó Lydecker, arrugando el ceño—. La locura comenzó cuando esos científicos experimentaron algo semejante. Continuó con el plan secreto del traslado del arma... y ha culminado desgraciadamente con el desastre de la isla Gracia de Dios.

—Sigo pensando que, pese a todo, aún hay una esperanza: aceptar las condiciones de esos criminales que han capturado al. Presidente y a los demás.

—Quizá. Pero no son unos rehenes vulgares. Pedirán por su

rescate una suma desorbitada. Tal vez algo inverosímil, señor.

—Habrá que pagarlo. Enviar un comando a esa isla, utilizando todos los recursos a nuestro alcance, es demasiado riesgo.

—No hay otra forma de intentar evitar un caos mayor, general —insistió

AS-101.

—El Gobierno piensa que sí lo hay: pagar lo que piden y no mover un solo dedo, para evitar que cualquiera de esos fanáticos cometa una estupidez y eche todo a rodar.

—¿Quién nos garantiza que ellos no lo harán de todos modos, aprovechándose luego de su ventaja sobre nosotros? —apuntó Lydecker, sombrío—. Seguirán siendo dueños de esa arma. No creo que la devuelvan, ocurra lo que ocurra.

—Y tampoco la destruirán. Es demasiado valiosa para eso —señaló Ray.

—Ya basta —se incorporó el general Lamont, haciendo un gesto categórico—. Decididamente, no, caballeros. No transmitiré esa idea suya al Alto Mando. No podemos enviar comando alguno a la desesperada. Hay una orden, por encima de todo, que nos imponen los otros Gobiernos implicados en el asunto: salvaguardar la vida de los gobernantes capturados. Cuando tengamos las condiciones de los terroristas en nuestras manos, decidiremos, eso es todo.

Garfield y Lydecker se miraron con desaliento. Este último se encogió de hombros, con gesto escéptico...

AS-101

se limitó a responder al general fríamente:

—Bien, señor. Mi misión es cumplir órdenes. Haré lo que me digan. Es todo. Ahora, me gustaría que me fuese autorizado lo que pedí.

—¿Ver a los dos científicos? —El general asintió con la cabeza, pensativo—. Eso está concedido. Vengan conmigo, por favor.

Le siguieron a otra sección de máxima seguridad de la zona utilizada para los experimentos secretos. Ambos lucían en sus ropas una tarjeta metalizada, con un número, un distintivo de color y la palabra: «Visitantes».

Pasaron rigurosos controles de seguridad, hasta hallarse frente a las personas que habían ido a ver a aquel centro experimental estratégico.

Garfield se llevó una ligera sorpresa al comprobar que una de ellas era del sexo femenino. Alta, rubia y vigorosa, parecía una walkiria o una nórdica heroína mitológica. Tenía ojos muy azules, expresión ligeramente dura y facciones atractivas, no exentas de cierta frialdad.

—Son la profesora Greta Lindstrom y el profesor Aaron Sewall —presentó el general Lamont—. Profesores, estos caballeros son personas especialmente encargadas del asunto. Pueden hablar con ellas libremente.

Se retiró el militar. Los cuatro personajes se estudiaron entre sí, pensativos. Fue la profesora Lindstrom la primera en romper el hielo.

—Esperamos sus preguntas, caballeros —dijo con una invitadora sonrisa.

—Por supuesto —asintió Ray Garfield con serenidad—. Hay muchas por hacer, profesora, y ninguna fácil.

—Adelante —apoyó el profesor Sewall, con un asomo de cautela en sus ojos color café—. ¿Qué es lo que quieren saber, exactamente?

—Ustedes son los creadores del arma Delta Tres, ¿no es cierto?

—Delta Tres... —suspiró la profesora Lindstrom, con gesto ensombrecido—. Sí, por desgracia. El profesor Sewall y yo trabajábamos en unos ingenios químicos de otro tipo radicalmente opuesto. El hallazgo surgió por casualidad. Primero no nos dimos exacta cuenta de lo que teníamos entre manos. Luego, al advertirlo, nos llenó de horror.

—¿Cómo supieron su capacidad de destrucción real?

—No era difícil —comentó Sewall con amargura—. Entonces resolvimos informar con urgencia al Gobierno y al Alto Mando. Ellos pensaron como nosotros: era un arma demasiado terrible para fiarse de ella. Valía más deshacerse de todo como fuese.

—Y planearon sepultar para siempre en el mar todo el producto obtenido.

—Era la única solución eficaz. Una envoltura sólida, podría soportar una serie de años en las profundidades. Luego, cuando se erosionase ese recipiente, ya sería inocuo el gas contenido.

—Es un gas, por tanto.

—Sí, un gas. Se diluye en la atmósfera con gran rapidez y se

prolonga en todas direcciones. Puede abarcar un enorme radio de acción la más pequeña cantidad de ese gas. Por ello pensamos que era demasiado peligroso utilizarlo jamás. Por otro lado, cualquier soplo de aire, desplaza el gas letal a cualquier distancia. Incluso la existencia humana se pondría en peligro, en caso de utilizarse.

—¿Cuáles son sus exactas consecuencias, señores?

—Aterradoras —musitó la profesora Lindstrom—. Es como volver al pasado. Sus efectos convierten a los seres humanos en auténticos apestados. Un mal virulento, epidémico y sin curación alguna, se apodera de sus víctimas. La muerte se presenta en breve plazo, con todas las características alucinantes de la peste que asoló Europa tras las interminables guerras medievales.

—La peste... —musitó Lydecker, estremeciéndose—. Suena a algo increíble. Uno se puede imaginar cualquier clase de arma... menos algo así.

—Sin embargo, ése es el monstruo que dimos a luz el profesor Sewall y yo. Por eso su destrucción inmediata era cuestión de la máxima urgencia y seguridad.

—Ya sabrán que eso fracasó. Ahora, un grupo de terroristas tienen en su poder el arma...

—Lo sabemos. El arma... y unos rehenes muy importantes —asintió gravemente el profesor Sewall.

—¿Qué esperan de nosotros? —terció vivamente ella—. ¿Qué han venido a buscar, aparte nuestro informe como inventores de ese horror?

—Un posible remedio.

—Un... ¿qué?

—Un remedio. Un antídoto. Algo que neutralice los posibles efectos de Delta Tres.

—Imposible —rechazó la profesora amargamente—. No existe.

—Además, conociendo su naturaleza, esos terroristas jamás dejarán en libertad el gas allí contenido... —señaló su compañero.

—Los terroristas ignoran su naturaleza real, imagino. De todos modos, estos grupos fanáticos son capaces de todo.

—¿Incluso de destruirse a sí mismos?

—Incluso de eso —asintió Lydecker, que parecía muy impresionado por lo que revelaban los científicos en sus explicaciones—. Por ello sería muy adecuado contar con ese

remedio, si sucede lo peor.

—Es inútil pensar en ello. No lo hay.

—Tampoco había vacunas en el pasado para muchos males. Ahora las hay. Todo puede combatirse. Un día, no tardando mucho, el cáncer será vencido. Todo es cuestión de tiempo, ¿no es cierto?

—Desgraciadamente, sí. El tiempo es el único que puede resolver cosas así —afirmó Sewall—. Tal vez un día se hallase un antídoto contra Delta Tres. Pero no ahora. No en unos días o unas horas, compréndanlo.

—Pero yo hablaba de enfermedades reales, no artificiales. Ustedes crearon un mal. Pueden crear el remedio contra él, el anticuerpo, imagino...

—Nadie, hasta ahora, ha creado algo que neutralice la radiactividad de una bomba nuclear, amigo mío. Eso sucede con nuestro hallazgo químico. Tal vez si investigáramos, dentro de unos años daríamos con una hipotética solución. Y piense que le digo «tal vez». Pero nada más.

—De modo que no hay esperanza posible, si ese gas se libera —sentenció con voz tensa

AS-101.

—Exacto. No hay esperanza, si eso ocurre. Pidamos a Dios que a nadie se le ocurra tal locura.

—Aun así, deben investigar ustedes. Empiecen a hacerlo ya. Recibirán órdenes superiores en ese sentido.

—Lo haremos, si se nos pide. Pero no prometemos nada. No podemos hacer milagros. Investigar, se investigará. Pero no confíen en nada. No esperen nada en absoluto. El poder de ese arma es demasiado grande para imaginar a corto plazo un antídoto contra sus efectos.

—Al menos, profesor Lindstrom, debería dejarnos abierto un resquicio a la esperanza... —sonrió tristemente el agente especial.

—Es que no existe —respondió la profesora nórdica, sonriendo a su vez con igual aire patético—. Sería absurdo hacerle confiar en algo que no se va a producir...

Sin añadir palabra, Ray Garfield y su amigo y excolega, Walt Lydecker, abandonaron la zona restringida donde se trabajaba en la experimentación científica de nuevos ingenios bélicos. Ambos amigos se miraron en silencio, al cruzar el último control de

seguridad y hallarse en el exterior.

Subieron a un automóvil oficial, de regreso a la Casa Blanca. Lydecker exhaló un suspiro. Luego, comentó con amargura:

—Es desolador, Ray.

—Desolador... y siniestro —corroboró su amigo sordamente—. No hay solución. Si esos locos criminales cometen el más leve error... estamos perdidos. No sólo morirán los primeros dirigentes de las potencias mundiales, sino que el peligro de la peste nueva nos acecharía a todos. Absolutamente a todos, Walt.

—Me alegra no trabajar ahora en esto —dijo el exagente—. Cuando le cuente esto a mi mujer, no va a creérselo. Suponiendo que me autoricen a hacerlo...

—Por cierto, ¿cómo está ella? —preguntó Ray con una sonrisa.

—¿Rhoda? Oh, bien, muy bien... —Lydecker se expresó vagamente—. Está ausente ahora, visitando a unos familiares en el Oeste. Casi me alegra que sea así. No sería capaz de ocultarle mis preocupaciones mucho tiempo. Por eso creo que tienen razón nuestros superiores, cuando prohíben que un hombre casado siga en la tarea. ¿Tú no piensas causar baja nunca, Ray?

—No lo sé —confesó Garfield, aliviado por hablar de temas intrascendentes, tras la tensión vivida—. Tengo una novia, Walt, y ella desea casarse pronto, pese a que tiene un buen porvenir en las Naciones Unidas como intérprete y todo eso. Pero yo no me decido a abandonar esto. Forma parte de mi vida, tú lo sabes...

—Claro. Pero el Servicio Secreto es una esposa demasiado fría —rió Lydecker entre dientes—. Eso no es como en las películas de James Bond, contra lo que mucha gente cree. Ser agente secreto significa sacrificios, riesgos, ausencia total de la iniciativa, convertirse en un mecanismo, en un engranaje, estar siempre sometido a las órdenes ajenas, no preguntar, no confiar en nada ni en nadie... No, Ray, no me gusta ya esto. Prefiero la vida tranquila del hogar.

—Tal vez algún día cambie de idea —admitió Garfield—. Ahora, ella está en Nueva York, con asuntos de la ONU, y tal vez mañana hable con ella... Tienes razón en algo, Walt. Estas cosas terminan por anularle a uno la personalidad y convertirle en algo deshumanizado totalmente. Sí, creo que voy a intentar encontrarla, aunque sea por teléfono, y charlar con ella un rato. Eso me hará

sentir persona otra vez, siquiera sea por unos minutos. Lo estoy necesitando.

Walt Lydecker asintió, comprensivo. Sin duda, él recordaba haber pasado por ese trance en el pasado, \ entendía bien lo que sentía.

Pero aquella noche en que estaban viviendo en Washington una tensa espera, se produjeron acontecimientos que vinieron a aumentar aún más la crispación que experimentaban un puñado de hombres en cuyas manos estaba en estos momentos la seguridad y el control del gobierno de la nación y, posiblemente, de muchas vidas humanas, puestas en juego en la balanza.

El primer hecho fue el mensaje recibido desde un punto indeterminado, a través de una emisión de radio pirata captada por numerosas emisoras, que se apresuraron a reproducirla, siguiendo las instrucciones severas de la Casa Blanca y el Pentágono, para remitirla inmediatamente a Washington, sin difundir por las ondas el mensaje.

Aquella orden rígida de censura total de emisiones clandestinas, había dado momentáneamente sus resultados. El ultimátum del grupo terrorista GROVI, había llegado a su destino. Y el mundo aún ignoraba su contenido.

«—Señores/habla GROVI —comenzaba la misma voz que hablase anteriormente desde la emisora nacional ocupada por un comando—. Éstas son nuestras condiciones para devolver con vida, sanos y salvos, a los rehenes de la isla Gracia de Dios. No solamente a los cuatro dirigentes políticos, sino a sus escoltas respectivas de secretarios, ayudantes, asesores e intérpretes. Todos ellos, hasta el momento, gozan de buena salud y han sido tratados con respeto y dignidad. Para que lo comprueben, adjuntamos grabación con sus voces, expresándose en sus idiomas respectivos...».

Seguía la grabación de esas voces inconfundibles, por el siguiente orden: Presidente de los Estados Unidos de América, Primer ministro chino. Premier soviético y secretario general de las Naciones Unidas. Se hicieron urgentes grabaciones de esos mensajes, breves y serenos, para remitirlas a Moscú y Pekín en el acto. También se hacían copias magnetofónicas del mensaje con toda rapidez, para distribuirlas a los Gobiernos interesados y a sus aliados respectivos.

«—Ya han comprobado que ellos no sólo están en nuestro poder, sino que siguen con vida y se les trata perfectamente. No pretendemos asesinarles, siempre que ustedes se den cuenta de lo que sucede y de la fuerza que poseemos. Su arma letal está en nuestras manos, como saben. Y estamos dispuestos a utilizarla, activándola, si nos obligan a ello con un acto de fuerza.

»Si se portan ustedes de un modo civilizado y sereno, no hay en cambio nada que temer. Liberaremos a los rehenes en cuanto hayamos recibido la suma que vamos a exigirles a ustedes y a los países cuyos gobernantes están en nuestro poder ahora. Resuelvan ustedes cómo reúnen el dinero y en qué proporción. Eso es cosa suya. Pero exigimos, en el término de DOCE HORAS, ni una más ni una menos, tener en esta isla la suma total de MIL MILLONES DE DOLARES en divisas extranjeras y oro. Los billetes serán usados y nunca correlativos, y el oro en lingotes. Los billetes solamente cubrirán una décima parte de la suma exigida. El resto, será forzosamente en oro.

»Si en el plazo de doce horas, como decimos, esa suma EXACTA no está en nuestro poder, procederemos a ejecutar a los rehenes. Y posteriormente, si somos atacados, liberaremos la fuerza mortal del arma capturada. Si pagan puntualmente, antes de las doce del mediodía de mañana, nos permitirán abandonar la isla con los rehenes y el arma, hasta el punto que nosotros elijamos, sin ser seguidos ni controlados en modo alguno. Sólo cuando hallemos el punto elegido por nosotros, dejaremos allí a los prisioneros, sanos y salvos, y les avisaremos de su paradero. Sobre el arma, que seguirá en nuestro poder, nos pondremos en contacto más tarde, para otra operación de rescate, si les interesa.

»Esto es todo. Deberán responder por todas las emisoras a este ultimátum que es totalmente inaplazable. Esperamos su respuesta. Y mañana, antes de las doce, un buque o avión sin armas trasladará el dinero a esta isla. Es todo».

Ahí terminaba el mensaje. Tampoco hacía falta más. Pronto su texto estuvo en observación y estudio de los Gobiernos implicados, que mantenían entre sí estrecho contacto para llegar a una urgente decisión.

—Se tiene que emitir públicamente —decidió el vicepresidente de los Estados Unidos sombríamente—. No tenemos derecho a

mantener secreto ese mensaje. La gente necesita saber lo que sucede.

—Sí, señor —afirmó uno de los asesores presidenciales—. ¿Van a pagar?

—Eso depende de tres respuestas: la nuestra, la de Moscú y la de Pekín. Pero supongo que la respuesta será «sí»... No tenemos otra salida posible.

Ésa había sido la primera noticia-impacto de la noche en Washington. La segunda y más terrible, llegó después, con las primeras horas de la madrugada.

Y ésa no pudo ser transmitida bajo ningún concepto, para pasar a ser máximo secreto, incluso ocultándola, por el momento, a la Unión Soviética y a China.

Fue uno de los buques de guerra anclados frente a la isla Gracia de Dios, el que transmitió el mensaje, utilizando el código especial que acababan de ordenar los Servicios de Inteligencia militares a todos sus hombres, para tratar del asunto Delta Tres.

Ese código era tan complicado de traducir como simple de aplicar, y estaban seguros de que aún no había sido descifrado por ningún adversario. Así, en un trivial mensaje aparentemente rutinario, un destructor norteamericano informó al Pentágono a primera hora de la madrugada:

«DETECTADA FUGA DE GAS DELTA TRES EN ISLA GRACIA DE DIOS. ANALIZADORES DE ATMOSFERA ESPECIALES CONFIRMAN GRAVE SOSPECHA. GAS MORTAL EN LIBERTAD. LA EPIDEMIA HA DEBIDO COMENZAR EN LA ISLA. ESTADO DE EMERGENCIA TOTAL A BORDO».

La catástrofe se había producido, y ya llegaba su confirmación a Washington. La nueva plaga, había estallado.

Una peste nueva y más terrible que ninguna, dominaba la isla. Y en ella, a los primeros mandatarios de la Tierra...

Cuando todavía no sabía eso, el agente especial AS-101,

Ray Garfield, lograba establecer contacto con un departamento de las Naciones Unidas, tras insistir en vano en el teléfono de Sylvia, su prometida, allá en Nueva York, con resultados siempre negativos.

Una informadora de la ONU, tras hacerle esperar unos momentos, le dio los datos que solicitaba sobre Sylvia Asher:

—No puede responderle, señor. No se encuentra en Nueva York en estos momentos.

—¿Dónde, entonces? Ella no me dijo nada de ausentarse...

—Es su primer viaje en su nuevo cargo. Ha sido nombrada secretaria personal e intérprete de ruso del secretario general. Ha viajado con él a la conferencia en la cumbre, señor. Ahora está en la isla Gracia de Dios, en el Caribe...

SEGUNDA PARTE

¡TIREN A MATAR!

CAPÍTULO PRIMERO

—No han informado de nada de esto a Washington ni a nadie. Es inhumano. Es una vileza...

—Cállense —jadeó el hombre del pasamontañas, asomando las gotas de sudor a su piel, en la breve zona facial que era visible bajo la lana gris—. Estamos todos embarcados en la misma aventura sin final. ¿Qué pueden reprocharnos a nosotros? El arma fue obra suya. Ahora, moriremos todos juntos aquí...

—Entonces, ¿para qué exigir ese dinero? ¿Por qué seguir el juego? —protestó vivamente el Premier ruso.

—Porque Tenemos que hacerlo. No se trata de nuestra supervivencia ya imposible. Se trata de GROVI. Nuestro ideal ha de sobrevivir. Habrá otros que utilicen ese dinero para hacer triunfar nuestras ideas y cambiar las cosas algún día.

—Es usted un fanático, un idealista absurdo —rechazó el Presidente norteamericano—. Nunca conseguirán nada, ni siquiera con esos mil millones de dólares. Además, no todos serán tan idealistas como usted. El dinero corromperá a sus aliados, desvirtuará los ideales del grupo. La codicia es más sólida que toda idea política, esté seguro.

—¡Mentira! —protestó airadamente su interlocutor enmascarado, agitando su metralleta amenazadoramente—. Piensen ustedes que todos son iguales a lo que representan, a sus intereses bastardos, a sus apetencias de poder y de grandeza... Todos ustedes me dan asco...

—A mí, usted me da mucha pena —comentó tristemente el secretario general de las Naciones Unidas. Ha querido llevar a cabo el rapto del siglo, ¿y qué ha resultado? La más estúpida matanza del siglo...

—¡Cállense! —Sonó aguda la voz airada del enmascarado, caminando con paso furioso hacia la puerta—. Si dentro de ese

plazo concedido, no llega el dinero a la isla... nuestras metralletas serán más rápidas aún que la maldita peste...

—¿Qué más da ya el modo de morir, si estamos sentenciados igualmente? —sonrió filosófico el primer ministro chino—. La Muerte está ya dentro de nosotros. No hay amenaza que nos pueda ya asustar, compéndalo.

La puerta se cerró furiosamente tras el cabecilla terrorista. Volvieron a quedarse solos los prisioneros. Los dirigentes y sus auxiliares, secretarios y asesores. Formaban un nutrido grupo de unas veinte personas escasamente.

Ya habían empezado a olvidarse protocolos y deferencias. Eran solamente una veintena de seres humanos enfrentados a la muerte. Y ésta presentaba su descarnada faz con escalofriante rapidez.

Todos ellos notaban ciertas dificultades respiratorias y frecuentes náuseas. Humedecían sus labios reseco, y notaban sed y alta temperatura, pese a que el sistema de climatización funcionaba perfectamente.

Eran los primeros síntomas, todos lo sabían. Uno de los asesores del Premier ruso, era médico. El doctor Sergei Basliev se había ocupado de examinarles, uno por uno, a medida que los síntomas se presentaron.

—Lo siento —dijo, enjugándose él mismo un repentino sudor copioso que ninguna climatización podía combatir ya—. Creo que ha llegado a nosotros. Es... es la peste. Tiene sus mismas características.

—Toda la isla es ahora un enorme lazareto —señaló el Presidente norteamericano con amargura, asomándose al ventanal—. Nosotros, los nativos, nuestros raptos... Y pronto será un inmenso cementerio.

—¿Y esos navíos? ¿Llegará a ellos el virus... o lo que sea? —La pregunta angustiada la hacia el secretario general de la ONU.

—Si el aire sopla en su dirección, es seguro —asintió el doctor Basliev—. Luego difundirán el mal por todas partes, a menos que los mantengan aislados.

—Tendrán que hacer con los apestados como se hacía entonces: exterminarlos para evitar el contagio —señaló el Premier soviético.

—Aquí no hará falta —suspiró la voz apacible de una mujer—. Nos dejarán morir y eso bastará.

Se volvieron todos hacia la que había hablado. Era la rubia joven que servía de auxiliar e intérprete al secretario general de las Naciones Unidas. Pese a la trágica situación, pese a sufrir ella misma los fatales síntomas, se mantenía serena y tranquila.

—Por eso no han informado a los Gobiernos —señaló el primer ministro chino—. Si supieran que estamos todos muertos en vida a estas horas, nunca les enviarían el dinero. Es preciso advertirles de alguna manera, pero ¿cómo?

—Algunos navíos de guerra tienen analizadores de atmósfera —comentó de pronto el Presidente de los Estados Unidos, esperanzado—. Sabiendo que tienen ellos el arma secreta, parece lógico que hayan enviado aquí alguna unidad dotada de ese sistema, desde algún puerto de Florida. Ha tenido tiempo de llegar a esta zona. No creo que se les haya pasado por alto el detalle...

—Si fuese así... ellos sabrían ya... lo que nos sucede —se estremeció Sylvia Asher.

—Sí, amiga mía —suspiró su jefe, mirándola intrigado—. ¿Por qué le preocupa eso? Nadie va a salvar nuestra vida, aunque lo sepan. No hay antídoto, ya lo sabe.

—Claro que lo sé —sonrió ella tristemente, secándose el sudor frío que humedecía su rostro—. Pensaba en mi prometido...

—¿Tiene usted novio?

—Lo tengo. Trabaja en Washington, en el Servicio de Inteligencia... Tiene que estar enterado de lo que ocurre...

—Eso, seguro. Cielos, pobre muchacho. Valía más que lo hubiese ignorado...

—Lo que ignoraba es que yo estaba aquí con usted, señor. No se lo notifiqué, para darle más tarde la sorpresa de mi ascenso —declaró con amarga ironía Sylvia Asher—. Cosas del destino... Ahora, supongo que sabrá algo, si no me ha localizado en Nueva York y ha pedido noticias mías al edificio de la ONU...

Reinó un profundo silencio. Los gobernadores de los más poderosos países del mundo habían estado prestando atención al pequeño y humano problema de Sylvia, como si de repente, las cosas íntimas y entrañables, cobraran para aquellos hombres tan alejados de lo cotidiano y pequeño una especial y profunda significación que antes no habían advertido.

Al terminar ella de hablar, los mandatarios se miraron entre sí,

conmovidos. En el fondo, quizá se sentían culpables de muchas cosas. Pero no de todas.

—Nos han dejado ahí aspirinas y antitérmicos —comentó trivialmente el Presidente norteamericano, señalando unos frascos y tubos en una mesa—. No nos harán nada, pero combatirán algo la fiebre. ¿Alguien quiere tomar una tableta?

Algunos aceptaron. Otros, no. Los divanes y confortables asientos de la sede elegida para una conferencia: de alto nivel que ya no tenía el menor objeto, servían ahora de lecho a los más cansados o los más febriles. Según la resistencia de cada naturaleza, la dolencia hacía presa con mayor o menor intensidad, como sucede en toda epidemia. Sin embargo, algo faltaba allí en esta plaga: la inmunidad de determinadas personas a sufrir un contagio.

Allí, absolutamente todos estaban contagiados ya. El virus no sólo lo transmitían ellos, sino también el mismo aire que respiraban. Y así sucedía en toda la isla.

—Yo... yo padecí recientemente una enfermedad vírica —comentó el intérprete de chino del Presidente de los Estados Unidos—. Fue durante un viaje al Sudeste asiático. Un insecto me picó, inoculándome unas fiebres muy graves. Salvé la vida por puro milagro, pero los doctores me advirtieron de mi extrema debilidad, de mi falta de reservas para soportar cualquier otra dolencia futura...

Nadie comentó nada. Ya el propio Presidente americano había observado una respiración entrecortada en su auxiliar, así como una fiebre elevadísima y unos síntomas especialmente alarmantes en su intérprete de chino, pero no comentó cosa alguna, temiendo preocuparles más de lo debido.

Ahora sabía que sus frecuentes viajes al lavabo, eran a causa de sus vómitos crecientes, y que la palidez súbita y las profundas ojeras del infortunado, así como el copioso sudor que corría por su rostro y empapaba su camisa y pañuelo, eran motivados por una aceleración en el proceso del mal.

Pocas horas más tarde, solamente dos después de haber hecho el comentario el intérprete, sucedía la primera tragedia real y tangible, en la sala donde permanecían encerrados los gobernantes y su personal.

El intérprete de chino falleció, en medio de convulsiones

horribles y vómitos constantes, atendido por los cuatro mandatarios y por una triste, serena y conmovida Sylvia Asher.

—Es inútil todo —dijo finalmente el doctor Basliev, apartando a la joven del hombre que acababa de agonizar—. Ya ha muerto, señorita Asher... Es el primero de nosotros que cae... Acabamos de ver reflejada en un espejo nuestra propia agonía final.

No habló nadie. Un silencio profundo y demoledor se apoderó de la sala. Alguien golpeó la puerta, llamando a los terroristas. Entraron dos de ellos, con sus máscaras de goma. Las manos les temblaban ligeramente, y las tenían húmedas de sudor.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó uno de ellos.

—Hay ya un cadáver —respondió sombríamente el secretario general de la ONU—. Sáquenlo de aquí, por favor...

Los terroristas se miraron entre sí, sobrecogidos. Sin hablar, extrajeron el cuerpo del difunto, tras examinarlo atentamente. Parecían impresionados, sabiendo que la misma suerte les aguardaba a todos, de modo inexorable.

—Deberían matarnos a todos ya —dijo con amargura el Premier soviético a los que se llevaban el cadáver—. Es lo que se haría en cualquier sitio, si llegáramos a salir con vida de este infierno ustedes o nosotros. ¿Saben lo que dirían los demás, al conocer nuestro infortunio? Algo así como: «¿Los presidentes americano, ruso y chino? ¡Diablo, tiren a matar, pronto!».

La puerta se cerró tras los dos terroristas y el cuerpo sin vida que transportaban. Ninguno de ellos se había atrevido siquiera a replicar algo al agrio, macabro comentario del dirigente ruso.

—Tiren a matar... —repitió tras una larga pausa el secretario general de la ONU—. Sí, creo que no tendrían otro remedio...

—Tirar a matar... ¿Habla en serio?

—Totalmente, Ray —asintió T. J., con frialdad—. Es la decisión de todos. Si se llegasen a rescatar con vida esos prisioneros una vez liberados, no podríamos tener piedad con ninguno de ellos. Habría que matarlos. Fría y deliberadamente, apenas los tuviéramos al alcance de un arma de fuego...

—¿Qué dicen a eso rusos y chinos, señor?

—Están de acuerdo —declaró T. J. con expresión sombría—. Imagínese si será grave el asunto.

—Me he dado cuenta de ello desde el principio. Cuando he

sabido esta madrugada lo de ese mensaje enviado desde el destructor, se ha hundido en torno mío. ¿Sabía, señor, que mi prometida está con ellos en la isla Gracia de Dios? Es intérprete de ruso de las Naciones Unidas...

—Vaya. Lo siento —el rostro de T. J., era una máscara helada, como siempre. Pero algo cálido y humano brilló en sus ojos al fijarse en su subordinado—. Eso, sin embargo, no debe influir en usted, Garfield. Los agentes secretos no tienen novia, no tienen familia.

—Sí, lo sé. Pero nadie puede mandar en mis sentimientos, señor. Ni yo mismo siquiera.

—Entonces, debería dejarnos a nosotros —fue la seca objeción de su jefe.

—Tenía pensado hacerlo —se encogió amargamente de hombros Garfield—. Pero ya no vale la pena hablar de ello. Mi prometida... también sería una de esas personas a las que habría que dar caza como si fuesen piezas de una montería.

—Y si no es así, morirá víctima de la epidemia. Ya debe estar desatada en la isla. Ésta es un lazareto a estas horas, aunque los terroristas hayan ocultado la noticia.

—¿Qué cree que ocurrió?

—Tal vez manipularon mal la carga, o tuvieron un aterrizaje violento. El aeropuerto de esa pequeña isla es muy difícil para un avión pesado como era el transporte. Pudo haber un fallo en la maniobra, y sufrir daños el recipiente. En ese caso, la fuga de gas significaba el fin para todos.

—Aun así, insisten en lo del dinero.

—Ellos tienen que saber a estas horas lo que ocurre. Pero no renuncian a lo exigido en el rescate. Ya sabe cómo son los fanáticos. Su idea está por encima de todo. Quieren dejar a sus camaradas el dinero ganado, para que éste financie sus actos futuros.

—O para que alguien se lucre con ello, a expensas de los idealismos de un puñado de locos fanatizados por la política de su partido y de su doctrina.

—También es posible, sí. De cualquier modo, todos estamos de acuerdo ya: el dinero será enviado.

—¿Enviado? —Pestañeó Ray Garfield, perplejo—. Pero... ¡pero si no hay salvación para todos los rehenes! ¡Si la isla toda es un

futuro cementerio, del que nadie saldrá vivo por mucho tiempo! Darles ese dinero es ayudar a la causa terrorista, sin nada a cambio. Ya no hay rehenes, no hay arma a recuperar... ¡no hay nada, señor!

—¿Cree que no lo sé? —sonrió duramente T. J.—. Todos entendemos eso muy bien.

—¿Entonces...?

—Garfield, el envío del dinero es una trampa.

—¿Una trampa? ¿Para qué? Ni siquiera vale la pena ya capturar a esos terroristas. Todo el comando de la isla de Gracia de Dios va a perecer con sus rehenes...

—Pero está el resto de GROVI, el resto de ese movimiento terrorista tan peligroso, tan bien organizado y tan buen conocedor de muchos de los secretos de nuestros servicios de Inteligencia, Garfield. Necesitamos saber quiénes están detrás de todo esto, qué otras células de GROVI hay por el mundo, y dónde se hallan. Es preciso luchar, dismantelar un grupo tan amenazador para la paz de todos los países.

—¿Cuál es el plan, concretamente?

—Uno muy sencillo: enviar los mil millones de dólares. Fingir que no sabemos la situación real de la isla, y esperamos rescatar con vida a los rehenes.

—¿De qué servirá todo eso?

—El dinero no será lanzado sobre la isla como ellos esperan. Un emisario lo llevará consigo.

—¡Un emisario! —repitió Garfield, asombrado—. Pero... pero eso es absurdo, señor. El que pise esa isla... morirá como los demás. A menos que haya máscara antigás adecuada, una indumentaria hermética para no absorber el gas mortal por los poros, generando la enfermedad...

—No hay tal máscara. No hay tal indumentaria, Garfield.

—Entonces, más a mi favor. El que vaya a esa misión, es un suicida.

—Exacto —suspiró T. J.—. Un suicida. El que vaya a la isla con los mil millones sabrá de antemano que no volverá. Será la última misión.

—¿Un... voluntario?

—Por supuesto. Un voluntario. No somos tan crueles como para ordenar a nadie que vaya a morir sin remedio.

—Imagine que no surge ese voluntario, señor.

—Entonces, iré yo mismo —aseguró rotundo el jefe del Departamento de Inteligencia Especial con voz serena.

—¿Usted? —Parpadeó Garfield.

—¿Qué me ocurre a mí? ¿Cree que no serviría para, una vez allí, capturar a uno o dos de esos terroristas, interrogarles con pentothal sódico para que revelen cuanto saben sobre GROVI, y luego morir matando o, simplemente, morir como los demás?

—Claro que serviría, señor. No me refería a eso, sino a que... usted es necesario aquí. Imprescindible, diría yo.

—Es muy amable conmigo, Garfield declaró con sarcasmo T. J. —Pero si nadie va voluntario, no tengo otra solución. En realidad, creo que lo más honesto sería justamente eso: ir yo en persona, no delegar en nadie.

—Cualquier agente puede ser sustituido, señor. Pero nunca una persona como usted. Tiene que haber una solución. Habrá un voluntario, estoy seguro.

—Yo, no tanto —suspiró T. J., con una sonrisa irónica—. Pero voy a exponer el asunto en una reunión con la plantilla de nuestros mejores agentes. Veremos lo que ellos deciden. Usted, Garfield, se ocupará, cuando tengamos a nuestro hombre, de preparar todos los detalles en coordinación con Seguridad Nacional y con el Pentágono. No quiero fallos. Nuestro hombre llevará un transmisor pequeño pero de gran potencia, diseñado para transmitir incluso desde zonas bloqueadas por campos magnéticos. Cuando sepa algo, ese hombre nos enviará la información. Luego, se dispondrá a morir. Vaya, Garfield, y prepare rápidamente las cosas. El oro de Fort Knox está en camino, así como otras cargas de lingotes y divisas desde Moscú y Pekín. Tenemos solamente nueve horas por delante, hasta la hora fijada...

Garfield asintió. Se encaminó lentamente a la salida del despacho. Por su mente pasó fugaz la visión de un rostro joven, hermoso, de unos ojos azules, de una cabellera rubia natural, de unos labios carnosos y deseables...

—Señor —se paró en seco.

—¿Sí? —Enarcó las cejas T. J.

—Deseo ser yo ese voluntario —dijo el agente especial

AS-101,

volviéndose a su superior fríamente.

T. J., ni pestañeó. Pero sus ojos brillaron extrañamente. Apretó los labios.

—¿Está seguro de lo que dice, Garfield? —Gruñó.

—Por completo, señor.

—Es una locura.

—Claro que lo es —sonrió Ray—. Pero insisto en ello.

—¿Por qué usted, Garfield?

—Tengo motivos. Usted lo sabe.

—Ya. Su prometida.

—Eso es.

—Tal vez ya no viva cuando usted llegue. La epidemia es muy virulenta.

—Tal vez. Pero si vive, podré verla...

—¿Y morir después?

—Y morir después —asintió Garfield, sereno.

—Aun así, quiero que lo piense bien. No tome decisiones precipitadas.

—Está pensado. Insisto en ello, señor.

—Garfield, usted es uno de los mejores. Puedo necesitarle para algo mejor...

—Todos aquí son buenos. Yo deseo estar junto a ella cuando... cuando ocurra. Por otro lado, será un buen servicio dismantelar la organización de GROVI. Mi última, y más importante misión, señor.

—Está bien —suspiró T. J. Había cierta amargura en su voz, pero también una admiración mal disimulada. Se incorporó. Tendió su mano abierta a Garfield. Eso era algo que no había sucedido antes de ahora—. Gracias, muchacho. Y mi felicitación más sincera. Es usted todo un valiente.

Garfield estrechó aquella mano que siempre le pareciera fría y deshumanizada. Captó calor humano en ella.

CAPÍTULO II

El terrorista terminó de hablar por radio. Luego, respiró hondo y bajó el pasamontañas sobre su rostro, tras enjugar el sudor de éste. Se incorporó, bajando la larga antena de la emisora por la que había transmitido su mensaje al centro de comunicaciones de GROVI.

—Ahora ya lo sabe... —resopló amargamente, sintiendo bajo su lengua las grietas de sus resecos labios. Bebió un nuevo trago de agua, aunque sabía que eso no mitigaría su sed, y se inyectó un antihistamínico potente en un brazo, incorporándose luego y paseando por la estancia—. Ahora, ya sabe él lo que ocurre aquí. Supongo que toda la organización será alertada... Para eso es el jefe. No puede hacer ya otra cosa que reorganizar las demás células y comandos, y preparar nuevos golpes. Sabe que esto se termina aquí. Lo que me pregunto... lo que me pregunto es si él... será capaz de llevar a GROVI adonde nosotros queremos. Me preocupa que recoja todo el dinero de este rescate. No sé si es un idealista... o solamente desea poder, medios de fortuna... No sé qué pensar de todo ello... Si no me doliese tanto la cabeza, si la fiebre no fuese tan alta y los sudores tan fríos...

Sintió náuseas y vértigo. Se inclinó a tiempo sobre un lavabo y vomitó. El sudor, bajo el pasamontañas, se hizo copioso y helado. Su corazón palpitaba con fuerza, su mirada se hacía turbia.

Cuando se hubo recuperado un poco, se movió tambaleante hacia el exterior. Abrió la puerta de la estancia y salió a un jardín que rodeaba la mansión elegida para la conferencia de alto nivel que ellos interrumpieran con sus armas. Aún había cadáveres de marines americanos y de agentes de seguridad soviéticos y chinos entre los parterres y setos.

Sobre la pequeña isla del Caribe, un cielo limpio y estrellado. El aire, quieto y pesado. El calor, húmedo. Más allá del jardín, el

pueblo de pescadores, la bahía y el mar. En éste, alrededor de la isla, las luces de las unidades navales americanas, rusas y chinas. Esperando. Siempre esperando algo. ¿Qué? La muerte, tal vez.

Allí todo era muerte ya. El pueblo de pescadores estaba ocupado por un comando armado. Las noticias recibidas eran las previsibles: toda la población estaba ya infectada. Y también los comandos.

Ellos ya contaban con tres muertos. Los más débiles habían caído. Entre los cautivos había un muerto. Otro estaba agonizando, y otros dos tenían ya vómitos muy continuados y una fiebre muy elevada. En pocas horas, la cifra de defunciones aumentaría vertiginosamente.

—No fue culpa nuestra... —jadeó con ira, golpeando con sus puños en una pared del edificio—. ¡No fue culpa nuestra!

Vomitó de nuevo. Se sentía cada vez peor. Se estremeció, recordando viejas imágenes medievales, con carros cargados de muertos por las calles, con casas de aberturas claveteadas y la cruz de la cuarentena en sus muros.

Allá, entre palmeras, el pequeño aeropuerto local. En él, todavía parado en medio de la pista, el avión de transporte norteamericano, con un ala rota, con el tren de aterrizaje destrozado y con el fuselaje roto, mostrando en su panza la forma cilíndrica blanca, agrietada profundamente por el impacto, dejando escapar el gas funesto, que pese a su invisibilidad, a su ausencia de olor o sabor, era el instrumento de muerte que iba a asolar la isla toda. Y posiblemente el Caribe, el mundo...

¿Quién podría detener el escape constante del gas mortal? ¿Adónde sería conducido éste por las brisas marinas?

Regresó al interior con paso inseguro. Cerró de un portazo. Se cruzó con sus hombres, ahora desprovistos de máscaras de goma. Ya no harían falta. ¿Qué importaba mostrar sus rostros, si iban a morir y los que vieran ese rostro también?

—¿Enviarán el dinero? —preguntó dubitativo uno de ellos.

Se volvió a él. Los ojos grises centellearon tras el pasamontañas.

—No lo sé —confesó—. No hubo respuesta. No dicen nada. —Y sólo faltan ya ocho horas para el mediodía...

—¿Qué haremos si no llega el dinero a la hora fijada?

—Lo que hubiéramos hecho en circunstancias normales —fulguraron los ojos del jefe del comando—. Coser a balazos a esos

malditos. De todos modos, sus propios compatriotas harían ahora eso mismo con ellos. Los apestados se exterminan, es ley de supervivencia, ¿no lo sabías?

Entró en una estancia donde algunos de sus hombres tomaban café, infusiones o aspirinas, ante una radio en funcionamiento que transmitía músicaailable, desde una emisora en el sur de Florida.

Fue esa emisora, precisamente, la que interrumpió sus noticias media hora más tarde, para dar su respuesta a los terroristas del GROVI.

Esa respuesta fue escueta: las tres grandes potencias habían accedido al rescate de los prisioneros por la suma señalada. Un avión dejaría caer, antes de mediodía, una carga de oro y divisas en papel moneda, sobre la isla Gracia de Dios.

Con la carga descendería un emisario del Gobierno norteamericano, para comprobar que se habían respetado los acuerdos. Eso fue todo lo que dijo la radio.

—Un emisario... —Silabeó el jefe de los terroristas con disgusto—. ¿Para qué eso? No debería aceptar... Pero ahora ya da lo mismo. Ese emisario, apenas pise la isla, es hombre muerto. Una víctima más de la peste... Y traerá el dinero consigo. ¿Qué puede importar ya todo lo demás?

Se encaminó de nuevo a la emisora de radio para llamar al jefe de la organización terrorista, aunque imaginó que él ya conocería los hechos. Al transmitir, el jefe no estaba en la estación de escucha. Uno de los hombres a su mando captó el mensaje, asegurando que él sería informado lo antes posible.

El terrorista del rostro enmascarado en lana cerró la radio. Se quedó pensando en muchas cosas que ahora estaban más lejanas que nunca. Luego echó a andar hacia la sala donde retenía a los prisioneros.

Entró. El espectáculo empezaba a ser dantesco.

Personas sudorosas, pálidas, demacradas y temblorosas. Consumo exhaustivo de antibióticos, antihistamínicos y productos farmacéuticos para combatir los vómitos. Todo ello inútil.

Había toses secas, jadeos. Personas tendidas en los divanes, bañadas en sudor, ojerosas y trémulas. Vómitos constantes de algunos, náuseas de otros...

La epidemia progresaba con rapidez. Aquello parecía un

lazareto.

—Lo siento —dijo—. Nosotros estamos igual que ustedes. No podemos ayudarles de otro modo.

—Claro —sonrió tristemente el Presidente norteamericano que, como sus dos colegas, el chino y el soviético, aún se mantenía en pie, obstinado. El secretario general de las Naciones Unidas, sin embargo, ya había cedido. Yacía en un sofá, atendido solícitamente por la valerosa y resignada Sylvia Asher, su intérprete de ruso. Prosiguió el primer mandatario de Washington—: No tiene que disculparse, después de todo. No ha sido solamente culpa suya. Nosotros creamos el monstruo que nos devora, y no atinamos a matarlo a tiempo... Ustedes lo único que hicieron fue liberarlo sin querer. Pero el mal estaba ya hecho...

—La comprensión mutua no nos va a servir ya de mucho, señor Presidente —dijo respetuosamente el terrorista, con su voz aguda—. Pero sepan que sus compatriotas siguen ignorando lo que les ocurre. Envían el dinero, ya lo han confirmado.

—Están locos... —Meneó la cabeza pesaroso el Premier soviético—. ¿Para qué diablos servirá ya ese dinero?

—Para que GROVI siga adelante —declaró con un brillo fanático el terrorista—. El movimiento revolucionario del Orden Violento Internacional se alzarán sobre nuestros cadáveres, para arrollarlo todo. Nuestro sacrificio habrá sido solamente una peripecia más en nuestra marcha hacia el gran futuro soñado.

—Es una locura —corroboró el chino—. No deberían aceptar el chantaje. Ni siquiera estando todo normal.

—Ellos piensan de otro modo —rió el terrorista—. También envían un emisario.

—¿Un... emisario? —Tembló la voz del Presidente americano. Miró con estupor y desorientación a sus colegas chino y ruso—. ¿Para qué?

—Para comprobar que el canje se hace de forma correcta y que nada les sucede a los rehenes.

—¡Pero debe ser rechazado de plano! —jadeó el ruso—. ¡Ese hombre vendrá a morir!

—No es culpa mía. Imagino que el Gobierno americano habrá designado a un agente secreto, con la idea de descubrir algo sobre nosotros. No saben lo que le espera aquí... ni tengo por qué ser yo

quien les avise de ello. Eso significaría perder el dinero definitivamente. Buenas noches, señores. Si necesitan algo, llamen a mis hombres. Ellos les atenderán...

Salió, justo a tiempo, vomitando en el pasillo. Se apoyó tambaleante en la pared, sintiéndose muy mal. Su piel ardía. La respiración se hacía difícil. Miró su piel. Unas manchas rojizas empezaban a asomar en ella. Había visto ya a los muertos de la nueva peste. Sus manchas se tornaban negruzcas al morir. Los cadáveres tenían un aspecto horrible.

Los prisioneros, una vez a solas, se mostraban excitados.

—¡Un emisario! —repetía el ruso—. Eso significa, Presidente, que aún ignoran lo que sucede... o no enviarían a un hombre al suicidio...

—Sí, evidentemente, pero... no es posible que no se les haya ocurrido enviar un buque con equipo analizador del aire, sabiendo la clase de arma que hay aquí... —insistió el Presidente americano.

—Mi colega tiene razón —opinó el chino, señalando al Premier ruso—. Si ellos supieran que el gas se ha esparcido por esta isla, no se les ocurriría ni de lejos enviar a nadie... Además de ser absolutamente inútil, puesto que ya no pueden rescatarnos salvo para ejecutarnos antes de entrar en contacto con nadie, significaría la muerte cierta del agente enviado.

—Aun así, insisto, señores: creo que ellos lo saben tan bien como nosotros.

—¿Cree que puede haber un agente suicida, un voluntario que sepa que va a morir? —dudó el ruso—. ¿Con qué finalidad?

—No lo sé —confesó su colega americano—. No lo sé..., pero quienquiera que sea lanzado con ese dinero, trae algún objetivo que se me escape. Y además, sabe a lo que viene, por extraño e incomprensible que nos parezca...

Sylvia Asher había estado escuchando lo que hablaban los altos dignatarios. Dejó de atender al inconsciente secretario general, y por unos momentos una imagen entrañable cruzó su mente. Creyó tener un presentimiento absurdo y terrible, que desechó en el acto.

—No, no —musitó—. ¿Qué locuras se me ocurren? El no... El no... Le amo tanto..., que es a la última persona que desearía ver en este infierno...

Y ocultó el pálido rostro demudado por la enfermedad mortal,

sollozando ahogadamente, en silencio, rota por vez primera su admirable serenidad.

Un grito ronco del doctor Basliev la interrumpió, al otro lado de la sala.

—¡Dios mío! —le oyó murmurar—. Acaba de morir otro...

Tembló. Una angustia infinita dominó su ser. Otra víctima de la peste creada por los científicos, por los propios hombres. Un muerto más. Y así seguiría, hasta el fin. Hasta que no hubiera sino cadáveres en la isla maldita, que pocas horas antes era un tranquilo paraíso bajo el cielo limpio del trópico.

—Ray, querido mío... —musitó—. Me hubiera gustado poder despedirme de ti. Pero eso ya no es posible. Ya no. Ni deseo que llegara a serlo...

El poderoso transporte de la Fuerza Aérea sobrevolaba ya Florida, rumbo al sur, hacia el Caribe.

Amanecía. Los pilotos sabían cuál era su misión. Las unidades navales habían recibido órdenes de proteger el vuelo del avión sobre la isla de Gracia de Dios, alejándose luego a toda máquina a prudencial distancia de la misma, en dirección nor-noroeste. El pronóstico meteorológico en la zona señalaba brisas fuertes marinas, rumbo nor-nordeste. En medio de la tragedia actual, no dejaba de ser una buena noticia.

Esas brisas arrastrarían la nube de gas mortal hacia el centro del Atlántico, lejos de zonas habitadas y de archipiélagos vecinos a la isla de Gracia de Dios. Se dieron instrucciones precisas para que la navegación fuese prohibida en toda esa zona del Océano.

Ray Garfield, agente especial

AS-101,

era el único viajero del transporte, sentado junto a la carga de a bordo. Una preciosa carga, compuesta de toneladas de oro puro en lingotes, de origen americano, soviético y chino, y papel moneda en dólares, francos suizos y marcos alemanes, todos ellos billetes usados, de numeración diversa, aunque bien controlados ya por los Servicios de Seguridad internacionales.

En la cabina de mandos, piloto, copiloto y telegrafista. Atrás, solamente él. Esta vez ni un polizón a bordo. Máximas medidas de seguridad, control del más nimio detalle.

Con el rostro duro, ensombrecido, pero con una fría decisión asomando a la metálica expresión de sus ojos, el joven agente especial iba hacia el sacrificio sin la más leve vacilación, sin ningún temor.

Mil millones a bordó, y un hombre hacia la muerte. Hasta el dinero se contaminaría rápidamente en aquella isla saturada de gas mortal. Los informes del destructor que captara su presencia en la atmósfera, eran pesimistas. El escape había de ser muy importante, porque el nivel de contaminación de los alrededores de la isla aumentaba peligrosamente. Dentro de ella debía de ser imposible evitar el contagio y la muerte.

Ray Garfield llevaba consigo las dosis de pentothal sódico, medicamentos para combatir en la medida de lo posible la epidemia, y había sido vacunado contra toda una serie de virus, aunque los especialistas estaban seguros de que no serviría para nada en cuanto le tocara el gas letal. También llevaba su emisor de gran potencia y algunos objetos más, distribuidos por sus ropas.

Los grandes paracaídas que ayudarían a descender la preciosa carga estaban sujetos al gran bulto donde se guardaban el oro y los billetes. Otro paracaídas, a la espalda de Garfield, esperaba el momento de abrirse, mientras él descendía al suelo de la isla.

Era su último viaje y lo sabía. Una misión en la Muerte.

Pensó en Sylvia, allá abajo, en el lugar al que se dirigía. No, no se arrepentía de nada. En absoluto. Había elegido lo que quería. Sólo deseaba llegar a tiempo, ver con vida a Sylvia, poder despedirse de ella. Y, a ser posible, morir juntos.

Recordó su despedida del general Lamont, del Pentágono, y de los profesores Sewall y Lindstrom. Los dos investigadores habían insistido en que no les era posible ayudarlo en absoluto. Fueron los que le aplicaron un suero, como posible e hipotético preventivo, pero sabían de antemano que su eficacia era nula. Sus investigaciones en busca de un antídoto estaban ya en marcha. No tenían ninguna fe en sus resultados.

Luego se había despedido de Walt Lydecker, a quien había informado sobre la naturaleza de su misión suicida. Muy pálido e impresionado, su excolega le había llamado loco al principio. Luego se había limitado a darle un fuerte abrazo, deseándole suerte, a pesar de todo.

—Me gustaría ir contigo, Ray, en esta última misión —había confesado el exagente—. Pero no tengo valor para ello. Ya no. ¿Ves lo que significa casarse? Uno ya no es el de antes... No podría dejar sola a Rhoda, después de todo...

—Es lo que me ocurre a mí, Walt —había dicho Garfield, sonriendo gravemente—. Sylvia aún no es mi esposa, ni lo será ya jamás. Pero aun así, quiero estar a su lado, no dejarla sola tampoco a ella...

Walt había entendido. Se limitó a asentir, sin mirarle a los ojos siquiera. Luego se había marchado, sin pronunciar palabra.

Ahora, Ray Garfield evocaba todo eso, recordaba a T. J., al general Lamont, a los profesores Lindstrom y Sewall, a todos los que dejaba atrás...

Eso era la vida. El pasado. Ahora, le esperaba la muerte. Sin futuro.

—Sylvia, ya estoy casi a tu lado —musitó, contemplando el mar azul, infinito y límpido, sin apenas oleaje, a los pies del transporte aéreo. Allá en la distancia comenzó a distinguir las manchas aisladas de los archipiélagos del Caribe.

Miró su reloj de pulsera. Eran las nueve y media de la mañana. El avión llegaría antes del fin del plazo concedido, aunque eso ya importaba muy poco a todos.

Recordó fugazmente el hecho de que el enemigo, la organización terrorista, hubiese estado siempre tan bien informada. Quizá por eso ahora no había confiado en nadie, y dispuso los detalles secretos de su viaje sin compartirlos absolutamente con nadie, salvo el propio T. J., su jefe directo.

Claro que esta vez el hecho de ser descubierto significaría muy poco, si antes había logrado hacer hablar a algún miembro del comando terrorista, y le era posible transmitir lo que descubriese. Si luego le sorprendía, no podían hacer otra cosa que matarle. Y en cuanto pisara la isla, ya estaría virtualmente muerto. Por tanto, no perdía nada.

—Atención —le avisó el piloto media hora más tarde—. Nos aproximamos a la isla Gracia de Dios. Preparado.

—Estoy a punto —respondió él, sereno.

El avión ronroneó sobre islas e islotes dispersos. Una isla, allá al sur, era su objetivo. Ray sujetó una banda extensible de seda fuerte,

unida a su cinturón del paracaídas, con la carga de oro y billetes que contenía aquel gran envoltorio. De ese modo no iría a parar muy lejos del cargamento que valía mil millones.

—Tres minutos para abrir la compuerta y soltar la carga —avisó el piloto por el transmisor—. Cuente ya, a partir de este momento.

—Conforme —asintió Ray Garfield, poniendo su cronómetro en funcionamiento cuando parpadeó la luz roja del piloto de alerta.

Tres minutos solamente. Ciento ochenta segundos.

Luego, el gran salto. El descenso. El contacto con un suelo contaminado por la peste.

Finalmente, la muerte.

Sólo tres minutos para todo eso. Para el principio del fin.

CAPÍTULO III

Los terroristas enfilaron sus fusiles ametralladores hacia el cielo. El cerco en torno a la zona donde parecía iría a caer la carga, era completo.

Todavía en pie, cada vez más consumido por la fiebre y los demás síntomas de la epidemia, el individuo del pasamontañas vigilaba las dos formas que caían de las alturas.

El avión de transporte se alejaba ya en el azul límpido del cielo matinal. El gran bulto de mil millones descendía majestuoso, unido a cuatro grandes paracaídas. No lejos de él, la figura de un hombre con un solo hongo de seda sobre su cabeza, planeaba también en las alturas. Una banda de seda blanca unía al paracaidista con su preciosa carga.

—Estad atentos —avisó con voz ronca, temblorosa por la fiebre y la creciente dificultad respiratoria. Las manchas de sus manos se mostraban ya levemente amoratadas, igual que las que se descubrían en torno a sus ojos cargados de negro—. Ese tipo que baja es, sin duda, un agente especial. Irá armado.

—¿Le abatimos? —preguntó uno de los miembros del comando.

—No. No sirve de nada. Ya no. Dejad que caiga aquí. Eso le bastará.

—¿Qué es lo que pretende realmente?

—Sacrificarse en una misión suicida —rió el jefe del comando duramente—. Saben ya lo que sucede aquí. Eso es una especie de kamikaze a la americana.

—¿Pretende morir matando?

—No, no es ésa su idea. Pretende que nuestra organización se desmembre y destruya, tras nuestra muerte. Ésa es su idea.

—Hay que evitarlo, ¿no? Matándole de una ráfaga, se terminó el riesgo...

—Quiero algo más que eso. Le cogemos prisionero. Le

quitaremos cuánto lleve encima que signifique riesgo para nosotros. Y su misión habría sido un fracaso total. A cambio de ello, morirá como quería.

Ya estaban muy próximos paquete y hombre. Cuando cayeron ambos en el claro, los terroristas salieron, metralleta en ristre, hacia los paracaídas que, con sus grandes círculos hinchados flotantes, señalaban el punto exacto.

—¡Ni un movimiento, amigo! —gritó uno de ellos a Garfield—. Intente sólo empuñar un arma y es hombre muerto...

—No llevo armas —sonrió el agente secreto, incorporándose y alzando sus brazos sobre la cabeza—. Vedlo... ¿Puedo quitarme el paracaídas?

—Sí. Pero sin intentar nada. Es nuestro prisionero.

—Soy sólo un emisario. Es como traer bandera blanca. Vengo a supervisar el estado de los rehenes y del arma robada, eso es todo.

Sin responderle, los terroristas le cachearon apenas se deshizo de la seda y los hilos, mientras otros rasgaban el envoltorio del envío aéreo, para comprobar su contenido.

El terrorista del pasamontañas avanzó arma en ristre hacia él. Garfield le miró, intuyendo en el acto que era el jefe del comando.

Observó su sudor copioso, el brillo febril de los ojos mortecinos, la vacilante marcha de sus piernas, las manchas en sus manos y rostro. Los demás no estaban mucho mejor. Se estremeció. Era como verse rodeado de una corte de espectros vivientes.

¿También ella, la amada Sylvia, estaría ya en semejante estado? ¿O sería peor y habría muerto ya?

El jefe del grupo terrorista se detuvo ante él. Enfilaba su metralleta contra el pecho de Ray Garfield. Los grises ojos le contemplaban sardónicos.

—Bien venido a la isla, agente —dijo como saludo.

—Mi nombre es Garfield —dijo él—. Ray Garfield.

—¿De veras? —rió suavemente el jefe de los terroristas—. ¿Ray Garfield..., agente especial

AS-101?

Ray pestañeó, aunque se mantuvo sereno. Aquella gente conocía incluso su identidad ultrasecreta. Prácticamente, lo sabían todo sobre él.

—Eso es —asintió, tranquilo. Luego sonrió—. ¿No va a

preguntarme por qué, sabiendo como sabemos que nadie puede salir vivo de esta isla, aunque quisiera hacerlo, me he metido yo mismo en la boca del lobo, para no salir jamás?

—Conozco la respuesta —dijo, desdeñosa, la voz de su interlocutor—. Y por lo que veo, usted tampoco viene dispuesto a fingir mucho.

—¿Para qué? —rió huecamente Ray, encogiéndose de hombros—. Ya no conduce a nada. Todos vamos a hacer el mismo viaje en breve espacio de tiempo. Sería ridículo engañarnos más. ¿Vive aún Sylvia Asher?

—Hay una Sylvia Asher entre los rehenes —asintió su enmascarado interlocutor—. Es intérprete de ruso con el de las Naciones Unidas. Éste está muy mal. Pero ella soporta bastante bien la enfermedad. Mucho mejor que yo, desde luego.

Garfield enarcó las cejas, sin decir nada. Estudió al hombre joven, de pasamontañas empapado en sudor. Observó que hacía un gesto. Dos terroristas clavaron los cañones de sus armas automáticas en sus costados. Otro le registró y se apoderó de las vacunas, medicamentos... y de las dosis de pentothal sódico con jeringuilla especial. También del emisor de radio capaz de transmitir en campos magnéticos.

El jefe recogió todo aquello y lo miró con expresión sarcástica. Luego levantó sus turbios ojos hacia el emisario.

—De modo que eso es lo que intentaba... —rió—. Capturar a uno de los nuestros y sonsacarle la verdad sobre la organización GROVI, ¿no es eso?

—Parece saberlo todo muy bien. Está perfectamente informado, ¿no es cierto?

—Por supuesto —asintió el terrorista—. Ahora que ya no lleva nada en sus bolsillos, dígame... ¿Qué piensa hacer? No puede interrogar a uno de nosotros ni transmitir nada a sus jefes. Se seguirá ignorando todo o casi todo sobre GROVI. Y los mil millones servirán para la causa. Han sido ustedes muy tontos, Garfield.

—Quizá. Pero había que intentarlo.

—No valió la pena su sacrificio, después de todo.

—No para esto, cuando menos. ¿Puedo... puedo quedarme con los sueros y vacunas? Es un intento desesperado, pero podría servir para intentar algo con los rehenes. Hay dosis suficientes para todos.

Cada frasco sirve para unas cien vacunas...

—Bueno, inténtelo —se encogió de hombros el jefe—. Llévese uno de esos frascos solamente. Y las píldoras antitérmicas. El resto es para nosotros. También vamos a intentarlo. A fin de cuentas, cuando todo está perdido, no se puede perder más con hacer pruebas.

—Claro. De todos modos, no esperen más —suspiró Garfield—. Me han dicho que no servirá.

—Lo suponía —clavó sus ojos en él—. ¿Va a reunirse con su chica?

—Si puedo hacerlo...

—Naturalmente. A los condenados a muerte no se les niega su último deseo. Y en esta ocasión no necesitaremos disparar un solo tiro para ello. Pronto empezará a sentir los efectos de la epidemia.

—Lo imagino. ¿Ha habido muertos?

—Sí. Entre nosotros, y también entre ellos. ¿Qué han decidido, si alguien intentara salir de esta isla ahora?

—Tirar a matar —fue la fría respuesta de Garfield—. Sea sobre quien sea. Sobre usted, sobre mí... o sobre los propios gobernantes aquí reunidos. La orden es estricta para todos.

—Tal como imaginaba —rió sordamente el jefe de los terroristas—. Vaya por ahí, Garfield. Allí está el edificio de la conferencia. Los hallará a todos en la sala de actos.

—Gracias. Le deseo una agonía breve y poco dolorosa. Aunque seamos adversarios, en estas circunstancias no se puede desear otra cosa a nadie.

—Es muy amable, Garfield. Y muy valiente también. ¿Por qué hizo realmente esto? ¿Por cumplir una misión... o por esa mujer?

—Me lo he preguntado a mí mismo muchas veces desde que salí de Washington —sonrió Ray Garfield sombríamente—. No he encontrado respuesta aún...

—Yo, sí —dijo el terrorista—. Y es hermosa la respuesta, créame. Envidio a quien pueda tener junto a sí, en el momento supremo, a un ser a quien ama... La muerte no será entonces tan dolorosa ni tan amarga, estoy seguro...

—¿Usted no tiene a nadie?

—Yo... —vaciló. Bajo el pasamontañas, Garfield estuvo seguro de que se mordía el labio inferior. Luego negó—: No, a nadie.

Moriré en soledad. Rodeado solamente de mis camaradas.

—Lo siento. Lo siento muy de veras... ¿Puedo llamarle de algún modo? Si vamos a compartir estos últimos momentos, me gustaría saber quién es cada cual. Creo que las máscaras aquí sirven ya de muy poco...

—Mi nombre es... Rod. Llámeme Rod. Es suficiente.

—Bien, Rod. ¿Nos veremos?

—Si sobrevivo aún cierto tiempo..., sí —asintió el jefe del grupo—. Ahora debo disponerlo todo para transportar ese oro fuera de la isla..., a manos de nuestro Grupo Revolucionario. El Comando Supremo está esperando.

—¿Cómo podrá hacerlo? —Mostróse intrigado Garfield—. Si sale algún avión de la isla, será derribado sin contemplaciones, aunque lo tripule nuestro Presidente o los tres juntos. Es la orden recibida. Si es una embarcación... la orden es la misma. Esto es un lugar de cuarentena. Nadie puede salir vivo de aquí.

—El dinero saldrá, se lo aseguro. No irá nadie con él. Tenemos un pequeño minisub, con capacidad suficiente para dos personas. En lugar de esas personas, irá el oro dentro. La pequeña nave submarina se manipula por radio y llena neutralizadores de sonar. Saldrá de la isla rumbo a un punto determinado, donde será recogido en su momento por nuestros comandos especiales. ¿Satisfecha su curiosidad?

—Sí, gracias —suspiró Garfield—. Después de todo, ya cuánto me diga no puede salir de aquí. Morirá con nosotros.

Se alejó hacia el edificio, para reunirse con los prisioneros. No encontró dificultades en salvar los puestos de vigilancia. Rod, su jefe, debía de haberles dado instrucciones concretas a todos, respecto a su persona.

Cuando entró en la amplia sala de conferencias del palacete de la isla, se detuvo impresionado.

A pesar del aire acondicionado, el clima allí respiraba un extraño hedor a enfermedad y a muerte. Los rehenes, sudorosos, tendidos en diversos muebles o sobre la moqueta, respiraban con dificultad, bañados en sudor. Tenían placas amoratadas en la piel, altísima fiebre y dificultades respiratorias. Vomitaban con violentas arcadas frecuentemente, y en el momento de asomar él, un hombre fornido, con facciones achatadas, cubría con una sábana un cuerpo

inmóvil, el de un hombre de raza oriental.

Las miradas se dirigieron a él, inseguras. Parecieron saber de quién se trataba, porque el hombre que tapaba al ser inanimado comentó sordamente:

—Ha muerto... Era un asesor político del primer ministro chino... Yo soy el doctor Sergei Basliev, de la Unión Soviética...

—Yo, Ray Garfield, agente secreto norteamericano —informó él, escueto.

—¡Ray...! ¡Ray, no, Dios mío! No puede ser... —gritó una voz—. ¡Me lo temía, pero no quería que esto fuese cierto! ¡Oh, Ray, Ray, vida mía...!

Se volvió hacia el lugar de donde llegaba la patética voz. Una figura vacilante, trémula, de color lívido, de ojos con profundas sombras violáceas en torno y manchas rojizas en su epidermis, se lanzó sobre él, se acurrucó entre sus brazos, mirándole con ojos húmedos de llanto.

—Sylvia... Sylvia, vida mía..., mi amor... —musitó él, apretando contra sí aquel cuerpo, besando los labios resecos y febriles—. Juntos al fin... Juntos para siempre tú y yo...

—No, Ray, no me beses —suplicó ella, tratando de apartarse—. Mi mal... el contagio... es la muerte...

—Lo sé. Yo también estaré así dentro de poco. No eres tú quien me contagia, sino ese aire de ahí afuera... Después de todo, sabía a lo que venía...

—Se lo dije, caballeros, se lo dije —tartajeó el Presidente de los Estados Unidos desde el sofá donde se recostaba, comido por la fiebre, junto a su colega ruso—. Ellos tenían que saberlo... Pero esto es una locura, agente Garfield...

—Lo sé, señor. Intenté capturar a alguno de ellos, transmitir un mensaje. Pero estaban bien informados. Lo sabían todo.

—Siempre han parecido estarlo. Sólo así se explica la audacia y precisión de su doble golpe. Todo les hubiera salido bien, de no ser ese aterrizaje violento.

—Ray, nunca debiste venir... —musitó ella—. Tú no, mi vida...

—Precisamente, si alguien debía venir, ése era yo —sonrió él, animoso, acariciando las hundidas y céreas mejillas de su adorada Sylvia—. No me arrepiento de nada. Absolutamente de nada, cariño...

La atrajo de nuevo hacia sí, la besó tiernamente, acariciando sus cabellos húmedos de sudor, contemplando sus ojos, ahora de un triste azul desvaído. Sentía un profundo dolor ante el aspecto de su prometida, pero le consolaba la idea de que él mismo, no tardando mucho, estaría en esa misma crítica situación, cercana ya la muerte...

Mientras apretaba contra sí a la muchacha, sintiéndose compensado de todo con aquel simple contacto, contempló la patética y terrible escena del lazareto en que se encontraba. Toda la horrible magnitud de la tragedia desencadenada en la pequeña e idílica isla, resaltó ante sus ojos angustiados, que contemplaban la mayor tragedia humana imaginable.

Ciertamente, de haber visto aproximarse a ellos a aquella legión pavorosa de espectros vivientes, los seres humanos del mundo exterior hubiesen escapado despavoridos, o bien hubieran hecho sin pérdida de tiempo lo que les habían ordenado sus superiores: tirar a matar sin la menor vacilación. Fuese contra quien fuese.

Ahora, él mismo pasaba a formar parte de los muertos vivientes de la isla Gracia de Dios. Era cuestión de horas que llegara a verse como todos los demás. Pese a ello, tenía que intentar todo lo posible, aunque no sirviera absolutamente de nada, como estaba seguro de que ocurriría.

—Van a inyectarse todos este suero —dijo, mostrando el frasco—. Es una especie de vacuna muy potente. Hay para todos. Pero no se hagan falsas ilusiones. No es fácil que sirva absolutamente para nada. Sólo que nada perdemos probando...

—Está bien —asintió el médico ruso, tomando el frasco—. Démelo. Yo le ayudaré. Entre los dos lo hablemos hecho en un momento, señor Garfield.

Les bastaron unos minutos para vacunar a los supervivientes. Luego repartió también las tabletas y cápsulas contra la fiebre y el dolor, y se aproximó de nuevo a Sylvia, que ingería las tabletas, contemplándose la señal de la vacuna en su brazo.

—Es como no hacer nada —sonrió ella, animosa—. Pero como tú dices, ¿qué se puede perder con intentarlo, cuando ya se ha perdido todo? ¿Qué sabes de esa letal arma, Ray?

—¿El gas Delta Tres? Lo mismo que todos: es de una mortalidad terrorífica. El virus o bacteria que deja suelto no tiene remedio

alguno conocido. Los investigadores están luchando en eso, pero sin esperanzas.

—Y sabiendo todo eso... viniste a reunirme conmigo...

—Eso es —sonrió él—. ¿Podrás soportarme este tiempo?

—Oh, Ray, es lo más maravilloso que ha podido ocurrir, aunque me duela tu sacrificio. Es hermoso pensar que estás aquí por mí..., que ya no te marcharás, que me ayudarás a cerrar los ojos, apretarás mi mano en el último instante... y luego irás en seguida a reunirme conmigo allá adonde vaya...

—Así es, Sylvia. Pero preferiría que nos ocurriera a ambos a la vez.

—Eso no puede ser. Date cuenta de mi estado. Ya se aproxima el fin. Es cuestión de pocas horas. Tú aún puedes resistir mucho. No te importe. Me darás fuerzas para dar el gran salto. Me sentiré segura, esperanzada en ése más allá que nos espera... Ray, iba a morir sin esperanza alguna, sintiéndome terriblemente sola. Y de repente... llegas tú. Si al menos llegaras a sobrevivir...

—¿Sin ti? No digas eso, Sylvia. No lo deseo. Elegí esto, y así debe ser. Así será, por otro lado. No hay otra alternativa para nosotros. Ahora, no pienses en ello. El poco tiempo que nos queda por vivir... vivámoslo felices, hablando de cosas que ya pasaron..., de nosotros... y de nadie más.

—Sí, Ray. Es lo mejor... —Le miró tiernamente a los ojos—. Hablemos de ti y de mí...

En aquel recinto de muerte, sufrimiento y desesperanza, era como si una luz sublime, de amor, de fe y de esperanza hubiese comenzado a brillar, dando un poco de claridad a las tinieblas de la desesperación humana.

CAPÍTULO IV

El cuarto rehén murió a las dos horas de permanecer allí Ray Garfield. Vinieron a recogerlo con cierta solemnidad. Sylvia lloraba amargamente.

El muerto, la cuarta víctima de la nueva peste... era el secretario general de las Naciones Unidas. Se lo llevaron envuelto en una sábana. Rod, el jefe de los terroristas, siempre con su eterno pasamontañas, entró en la sala metralleta en mano. Se le veía peor por momentos.

Garfield captó el brillo mortecino de sus ojos, inyectados en sangre, el temblor espasmódico de sus párpados, como en un tic nervioso constante, el jadeo ronco que escapaba con su aliento al respirar. Las manos, cubiertas de clapas amoratadas, temblaban de manera violenta.

—Ya administramos los medicamentos a todos mis hombres —dijo roncamemente—. Se llevaron el resto para el pueblo, pero no creo que surta efecto, Garfield.

—Yo tampoco —convino él sinceramente.

Los ojos grises, antes acerados, ahora opacos, del jefe de los terroristas, se fijaron fríamente en Sylvia Asher. Parecía sentir contra ella cierto resentimiento, sin que se viese clara la causa.

—¿Ya se siente feliz, muchacha? —preguntó áspero.

—Sí —sonrió ella dulcemente—. Totalmente feliz. Más de lo que nunca fui...

—La felicito. Es poco corriente ir hacia la muerte con felicidad —silabeó.

—¿Usted no? —preguntó a su vez Sylvia, ingenuamente.

—No —la réplica fue dura, agresiva—. Yo, no. Moriré en soledad. Retorciéndome como un perro rabioso. Vomitando y chillando, como he visto morir a mis hombres. No me gusta la idea. Nadie a mi lado..., ni siquiera la seguridad de que mi muerte sirva

realmente para algo...

—¿Por qué habla así? —terció Ray Garfield, enarcando las cejas—. Usted parecía antes muy seguro de que su sacrificio no sería estéril. Su grupo, el GROVI, va a seguir adelante, ¿no?

—No lo sé. Si al menos estuviese seguro de que ese dinero servirá para la causa por la que yo entrego la vida, y no para que alguien se enriquezca con ello y se olvide de nuestros ideales...

—¿Tan poca fe tiene en su jefe? —sonrió Garfield—. Es de suponer que el cerebro que dirige todo esto dedicará su vida y su fortuna a hacer del GROVI una organización temible y temida, capaz de llegar a todo...

—Quiero pensar que será así, en efecto.

—Sí lograron todo esto sin disponer de mil millones de dólares, ¿qué no podrán hacer con esa inmensa suma de dinero?

—Tuvimos apoyo financiero de ciertos *trusts* industriales. Multinacionales, ¿entiende? —rió el jefe del comando—. Intereses creados, afán de provocar situaciones difíciles en el mundo, para beneficiarse ellos de todo eso. Están podridos la mayoría. No buscan idealismos, sino dinero, siempre dinero.

—Ahora ya no necesitarán esas multinacionales...

—No. Pero habrá demasiado dinero. El dinero lo corrompe todo... Si fuese yo quien dirigiera la acción... Pero estoy aquí, prisionero en esta isla, en este cepo de muerte del que no se sale... Y no me fío de él.

—¿Por qué no se fía de él? —quiso saber Garfield.

—¿A usted qué le importa? —replicó abruptamente Rod.

En ese momento, Sylvia sonrió y extendió una mano amistosa hacia el individuo del pasamontañas. Éste trató de rehuirla instintivamente.

—¿Por qué sigue fingiendo? —dijo la joven con ternura—. ¿A qué conduce ya esa máscara y todo lo demás? Usted... es una mujer, ¿verdad?

Hubo un tenso silencio. Rod la miró con repentina sorpresa, como si le hubieran dado un mazazo en pleno rostro. Vaciló. No supo qué decir. Luego, furiosamente, se aferró el pasamontañas con una mano y tiró de él.

El cabello lo llevaba corto, y tenía rostro de adolescente. Pero su aguda voz y su figura juvenil tenían explicación ahora. Sylvia tuvo

razón.

Era una mujer.

Una mujer joven, atractiva, aunque las huellas de la terrible plaga revelaban ahora su rostro demacrado, trémulo, salpicado de manchas siniestras.

—¿Cuándo lo supo? —preguntó torvamente a Sylvia.

—Las mujeres sabemos esas cosas en seguida —suspiró ésta—. ¿De veras creía poder engañarme a mí?

—Por eso siente celos de Sylvia —añadió Garfield, que no parecía muy sorprendido por la revelación—. Ella es mujer, y va a morir acompañada por alguien que la ama. Usted, no. ¿Por qué? Porque la persona amada no vendría nunca aquí, a morir a su lado. Es demasiado egoísta para eso, ¿no es cierto, Rhoda?

Ella retrocedió, ahora realmente impresionada. Miró con odio a Garfield.

—Usted..., usted... sabe... —jadeó.

—No es difícil. Si dijo que se llamaba Rod, haciéndose pasar por un hombre, es evidente que su nombre será algo parecido..., como Rhoda. Ahora lo entiendo todo muy bien: lo bien informados que están en la organización, la forma en que supieron mis intenciones al venir aquí..., todo. Sí, Rhoda. Usted sabe que su esposo nunca vendrá aquí. Desconfía de él, porque no es un fanático idealista como lo es usted. Cuando tenga el dinero, él lo utilizará en su beneficio. El grupo GROVI desaparecerá, ya que solamente busca su propio lucro y no idealismo alguno...

—¡Miente! —sollozó ella.

—Sabe que no. Rhoda, yo supe en seguida quién era usted cuando la vi. Solamente me había sincerado con una persona en Washington, antes de partir hacia aquí. Esa persona era... Walt Lydecker, mi excompañero y amigo..., su esposo, Rhoda. Sólo él pudo informarla detalladamente de todo, como antes colaboró en la neutralización de los sistemas de seguridad y en la anticipación a todas las maniobras de la Inteligencia norteamericana. Era un experto en todo eso. Usted quiso hacer de él un idealista, pero él sólo busca su lucro, su poder personal...

—De todos modos seguiremos adelante... Mi ideal no puede morir conmigo... Walt me será fiel...

—No lo creo. Y aunque lo intentase, tampoco resultaría. ¿Ha

enviado ya ese oro por medio de su minisub?

—En efecto. Está ya lejos de la isla, y nadie sospechó nada...

—Se equivoca, Rhoda. A estas horas lo esperan en el punto adecuado, para interceptarlo. Ellos también lo saben todo. Como saben en este momento que Walt Lydecker es el jefe de la organización y usted, su esposa, la que le lanzó a la aventura de dirigir un grupo terrorista de tal magnitud.

—Imposible... ¿Cómo pueden saberlo? —jadeó ella, convulsa.

—Muy sencillo, Rhoda: yo sospechaba ya de Lydecker. Por eso le tendí la trampa. Y cayó en ella. Le informé minuciosamente de todo, y sin embargo, no pudo informarle de lo más importante. Por la sencilla razón de que yo nunca le di información sobre ese punto. Era mi triunfo oculto.

—¿A qué triunfo se refiere? —empezó a inquietarse ella.

—A éste, Rhoda Lydecker —señaló sus botones con una sonrisa—. Inofensivos botones en apariencia, ¿no es cierto? Sin embargo, todos ellos son partes integrantes de un complejo y potentísimo emisor de frecuencia especial, capaz de transmitir en las peores condiciones imaginables, con un sistema de antiinterferencias. Todo lo que se hable en un radio razonable alrededor de él, se transmite limpiamente a una estación de escucha que transmite a su vez directamente a Washington, D. C. Está copiado de los últimos avances en comunicaciones espaciales y todos los botones forman el conjunto emisor más potente y diminuto del mundo. Una novedad que Walt desconocía y no pudo sospechar siquiera.

—¡No es posible! —gimió Rhoda, mortalmente pálida ahora, y no sólo por su mortal dolencia—. No es posible...

—Sí lo es —asintió Garfield gravemente—. Comprenderá que no tengo por qué mentir, ahora que voy a morir igual que todos. Usted puede asesinar me ahora, en venganza, pero no servirá de mucho. Sus sueños de crear una organización poderosa y temible se han ido a pique. ¿Cuánto tardarán en hacerle hablar a Walt y confesar toda la organización de su red en los Estados Unidos y demás detalles? ¿Dónde habrá dinero para hacer nada, una vez interceptada la trayectoria del minisub con los mil millones a bordo, Rhoda? Dese cuenta y admita su derrota... Todo ha terminado ya. Incluso el GROVI con el que usted soñó crear un nuevo orden, quizá tan violento, cruel e injusto como el actual... o peor aún.

Ella pareció ahogarse. Tosió violentamente, se agitó, vomitando sangre... y se desplomó ante ellos, con estertores violentos.

Sylvia se abrazó a Garfield, parapetándose contra él. Ray se inclinó. Quitó la metralleta de entre los dedos de la víctima, que se revolcaba a sus pies.

—Está muriendo —dijo—. No podemos hacer nada por ella. Es la peste, Sylvia...

La mortandad comenzaba a ser terrible.

Ya eran siete los muertos en el grupo de rehenes. Milagrosamente, Sylvia y los tres gobernantes sobrevivían aún, aunque su estado era cada vez más desesperado. Otros varios, agonizaban.

Garfield, sentado junto a ella, sin huellas aún de la presencia del mal, se cuidaba de enjugar el sudor de la piel de su prometida, y humedecer su frente con un paño y agua fría, murmurando palabras de consuelo. Un profundo dolor asomaba a sus entristecidas pupilas.

Sylvia tosía y vomitaba de vez en cuando. Sus manchas epidérmicas eran ya violáceas. A pesar de ello, le sonrió con sus labios resecos, y apretó en su cérea mano los dedos de su amado.

—Ray, no me dejes... —susurró—. No te vayas...

—Ni lo sueñes —sonrió él—. Estaré aquí en todo momento.

—¿Hasta el fin?

—Hasta el fin.

—¿Y... luego?

—También, Sylvia —se le hizo un nudo en la garganta. Sintió ganas de llorar, por vez primera en su vida, pero se contuvo—. Seguiré aquí. Sujetando tu mano.

—Ray...

—¿Sí, querida?

—Ray, voy a morir..., pero soy feliz. Muy feliz.

—Lo sé. Pronto estaremos juntos. No te haré esperar mucho.

—Ray, no pareces... enfermo. No todavía.

—El proceso quizá sea más lento, pero es irreversible, tú lo sabes.

—Claro, Ray. Lo sé... —entornó sus ojos. La respiración se le hacía dificultosa por, momentos. Garfield la miró, angustiado. Pero volvió a abrir ella los párpados. Y le sonrió de nuevo—. Ray, no siento dolor alguno.

—Eso es mejor.

—Debe ser ya... la proximidad del fin...

—Quizá. No sé... Descansa, Sylvia. No hables mucho.

—Adonde ahora voy, ya no podré hablar —sonrió ella—. Deja que siga diciéndote cosas. Quiero seguir así.

—De acuerdo. Sigue. Háblame cuánto quieras.

—Ray, yo te... te amo tanto... Ray... ¡Ray, amor! —gritó roncamente, de pronto, con una tos seca.

Cayó atrás su cabeza. Cerró los ojos. Se quedó inmóvil, rígida. Garfield apretó con fuerza la mano fría y húmeda. Hubiera querido sentir en ella toda la vida que iba a escapar de aquel cuerpo aún joven, hermoso...

Sabía que era el fin. Se inclinó. Buscó los labios de ella. Los besó. Luego cerró él mismo los ojos.

Y lloró.

Lloró en silencio, con sus párpados bajados, apretando con dolor, con amor, casi con rabia, la mano de mujer yerta.

Una mano firme se posó en su hombro. Una voz varonil le habló en dificultoso inglés:

—Por favor, señor Garfield.

Era el doctor Basliev. Ray sollozó roncamente:

—Ha muerto, doctor... ¡Ha muerto!

Un silencio. La mano presionó con más fuerza su hombro.

—No. Descansa. Sólo eso.

—¿Qué? —Abrió los ojos, cuajados de lágrimas. Apenas si vio al médico ruso—. ¿Se burla aún de mí, doctor?

—Cielos, ¿cómo podría burlarme en una situación así? Le digo la verdad..., Ella reposa ahora. No ha muerto. Duerme, ¿no lo ve? Respira profundamente... Se ha desvanecido... Duerme, ¿se da cuenta? Y si duerme... significa que algo anda bien aquí...

Garfield, incrédulo, se inclinó. Era cierto.

Sylvia respiraba hondo. Pausada, rítmicamente ahora. Tocó su frente. Estaba más fría. Las mejillas menos febriles. Y las manchas... ¡las manchas se estaban borrando de la piel ostensiblemente!

—No..., no es posible, doctor... —jadeó—. ¿Qué puede ocurrirle?

—Mire. Está ocurriendo a los demás también —señaló en derredor, a los restantes enfermos—. Todos reposan, respiran

mejor... Ha sido repentinamente... No lo entiendo bien, pero... creo que los que hemos alcanzado una crisis, la superamos ya... y esto significa... la vida.

—¡La vida! Doctor, es imposible... Ese gas, esa plaga...

—Creo que entiendo algo. Ese gas... es posible que sufra un fenómeno que sus inventores no habían previsto. Al contacto permanente con el aire... se volatiliza, se diluye y... muere. Quien sobrevive a la crisis inicial, cuando el gas brota con toda su toxicidad, ya no tiene nada que temer. Quizá sus sueros nos dieron algo más de resistencia al mal... y eso bastó para superarlo. Mire, es evidente. La mejoría de todos es progresiva y clara. No van a morir. Ya no, Garfield...

—Dios mío... Es como un milagro...

—Yo no creo en los milagros —sonrió el médico soviético—. Creo en la sabia Naturaleza... que a veces es más fuerte de lo que imaginamos. Algo tan simple como el propio oxígeno... puede ser el mejor antídoto, cuando tiene tiempo para actuar sobre algo...

—Creo que ellos estarán oyendo esto también por mi emisor... —musitó Garfield, apretando entre sus manos nerviosas las de Sylvia, cada vez más tibias y menos húmedas—. Desembarcarán, imagino, para capturar a los terroristas... y todo habrá terminado... Doctor, mire... Ella respira, ella vive... y descansa...

—Sí —sonrió el médico—. También ellos, los hombres que gobiernan el mundo... y que tal vez han descubierto en estas terribles horas lo pequeña que es su grandeza...

Garfield no le escuchaba. Se inclinaba ya sobre Sylvia, besaba sus mejillas, sus labios, sus manos...

Y lloraba de nuevo. De emoción, de gratitud...

Gratitud a Alguien que hizo posible ese milagro. Después de todo, la isla Gracia de Dios había sabido hacer al fin honor a su nombre...

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANJA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 30 PTAS.

NOTAS

[1] Danger: en inglés, peligro. < <